

GRAHAM GREENE

# EL QUE PIERDE GANA





## ***PRIMERA PARTE***

# I

Supongo que la pequeña estatua grisácea de un hombre a caballo, con peluca, es una de las estatuas más famosas del mundo. Le dije a Cary:

—¿Has visto cómo le brilla la rodilla derecha? La han tocado tantas veces para que traiga suerte como el pie de San Pedro, en Roma.

Restregó la rodilla cuidadosamente, tiernamente, como si la estuviera lustrando.

—¿Eres supersticiosa? —dije.

—Sí.

—Yo no.

—Soy tan supersticiosa que nunca paso debajo de las escaleras. Tiro sal detrás de mi hombro derecho. Trato de no pisar las grietas de los pavimentos. Querido, te vas a casar con la mujer más supersticiosa del mundo. Mucha gente no es feliz. Nosotros sí. No voy a correr ningún riesgo.

—Has restregado tanto esa herradura que deberíamos de tener mucha suerte en las mesas.

—Yo no estaba pidiendo suerte en las mesas —dijo.

## II

Aquella noche pensé que nuestra suerte había empezado en Londres hacía dos semanas. Íbamos a casarnos en la iglesia de San Lucas, en Maida Hill, y después iríamos a pasar la luna de miel a Bournemouth. A primera vista, éste no parecía un programa muy de entusiasmar, pero a mí me importaba un bledo a dónde iríamos si Cary estaba conmigo. El Touquet estaba dentro de nuestros medios, pero se me ocurrió que nos encontraríamos más solos en Bournemouth: los Ramage y los Truefitt iban al Touquet.

—Además, perderías todo tu dinero en el Casino—dijo Cary—, y tendríamos que volvernos a casa.

—Conozco demasiado los números. He vivido con ellos toda la vida.

—¿No te aburrirás en Bournemouth?

—No. No me aburriré,

—Me gustaría que ésta no fuera tu segunda luna de miel. ¿Resultó muy fascinante la primera en París?

—Sólo podíamos pagarnos un fin de semana —dije con cautela.

—¿La querías enormemente?

—Oye —le dije—, hace más de quince años. Todavía no ibas a la escuela. No te hubiese podido esperar tanto tiempo.

—Pero contéstame.

—La noche en que me dejó, salí a comer con Ramage y le di de beber el mejor champaña que encontré. Después, volví a casa y dormí nueve horas de un tirón echado en la cama. Ella era el tipo de persona que pateo de noche y dice después que uno ocupa demasiado lugar.

—Quizá yo pateo.

—Sería una sensación muy diferente. Espero que patearás. Así sabré que estás allí. Cuánto tiempo perderemos durmiendo, sin saber nada de nada... ¿Te das cuenta? Un cuarto de nuestra vida.

Le tomó mucho tiempo hacer el cálculo. No tenía, como yo, facilidad para los números.

—Más —dijo—, mucho más. Yo sólo me contento con diez horas.

—Claro que es peor —dije—. Y ocho horas en la oficina sin ti. Y las comidas... Esta lata de tener que comer.

—Trataré de patear —dijo.

Esto sucedía a la hora del almuerzo, el día en que empezó nuestra pretendida suerte. Acostumbrábamos a encontrarnos tantas veces como podíamos para tomar algo en el *Volunteer* que está a la vuelta de mi oficina... Cary bebía sidra y tenía una inacabable ansia de salchichas frías. A menudo la he visto comerse cinco y terminar con un huevo duro.

—Si fuéramos ricos —dije— no tendrías que perder el tiempo cocinando.

—Pero perderíamos mucho más tiempo comiendo, ¿no crees? Estas salchichas... Mira, ya acabé de comerlas. En cambio, estaríamos todavía en el caviar.

—Y después la *sole meunière* —dijo.

—Un pollito frito con patatas a la paja.

—Un *soufflé* a la Rothschild.

—¡Ah!, no seas rico, por favor —dijo—. Podríamos no querernos si fuéramos ricos. Ya me veo engordando y con el pelo ralo porque se me caería...

—Eso no tendría ninguna importancia.

—Sí, la tendría —dijo—. Sabes muy bien que la tendría.

Y de repente se desvaneció la conversación.

No era demasiado joven para ser juiciosa, pero era demasiado joven para saber que no debe hablarse en voz alta de juicio cuando se es feliz.

Volví a la inmensa oficina que ocupaba una manzana, con su vidrio, vidrio, vidrio, y sus deslumbrantes pisos de mármol y sus modernos adornos de escultura, como los santos en una iglesia católica. Yo era el contador auxiliar (un contador auxiliar ya envejecido) y la misma vastedad del lugar hacía que los ascensos parecieran casi imposibles. Para que se me elevara y sacara del anonimato, hubiese tenido que ser yo mismo un pedazo de escultura.

En las pequeñas e incómodas oficinas del centro, la gente envejece hasta morir: los señores viejos miran desde sus cajas de hierro y se interesan a lo Dickens por los más jóvenes. Aquí, en el gran cuarto, entre el tictac de las máquinas de calcular, los golpecitos de los teletipos y las máquinas de escribir silenciosas, se notaba que no habría la menor oportunidad de ascender para un hombre que no fuera doctor en ciencias económicas. Casi no tuve tiempo de sentarme antes de oír por un altavoz: «Llaman al señor Bertram al departamento 10». (Ése era yo.)

—¿Quién vive en el cuarto 10?—pregunté.

Nadie lo sabía. Alguien dijo: «Ha de estar en el octavo piso». (Habló con reverente temor, como si se refiriera a la cima del Everest. El octavo piso estaba tan lejos como las ordenanzas municipales permitían que un edificio se elevara hasta el cielo.)

—¿Quién está en el departamento 10?—volví a preguntar al ascensorista.

—¿Qué, no lo sabe? —dijo agriamente—. ¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Cinco años. Empezamos a subir. Dijo: —Usted debería saber quién está en el departamento 10.

—Pero no lo sé.

—¡Cinco años y no sabe eso!

—Sea un buen muchacho y dígamelo.

—Hemos llegado. Octavo piso, tome a su izquierda. —Mientras yo salía

del ascensor, dijo sombríamente —: ¡No conocer el departamento 10! —  
Se ablandó al cerrar la puerta —. ¿Quién cree usted que será? El Gom,  
por supuesto.

Entonces empecé a caminar verdaderamente muy despacio.

No creo en la suerte. No soy supersticioso, pero es imposible cuando se ha llegado a los cuarenta y notoriamente no se ha tenido éxito, no creer a medias en una providencia maligna. Nunca me había encontrado con el Gom. Sólo lo había visto dos veces, y no existía razón alguna para que volviera a verlo. Era ya viejo ; se moriría antes; yo contribuiría de mala gana a un homenaje. Pero que se me llamara a la planta desde el octavo piso me hacía estremecer. Me preguntaba qué terrible equivocación podía justificar una reprimenda del departamento 10 ; parecía ahora completamente imposible que nuestro casamiento en San Lucas y nuestra luna de miel en Bournemouth pudieran realizarse. Y en cierto sentido tenía razón.

### III

Le llamaban Gom todos los que no le querían y también todos los que estaban demasiado alejados para sentir algo por él. Era como el tiempo: imprevisible. Cuando instalaban un teletipo nuevo, o cuando reemplazaban las viejas, seguras y familiares máquinas de calcular por algún modelo nuevo, se decía: «Cosas del Gom, supongo», antes de ponerse a aprender cómo se manejaba este último juguete. Para Navidad, llegaban notitas escritas a máquina y dirigidas personalmente a cada miembro del personal (debían de significar un día de trabajo para los mecanógrafos, pero la firma que estaba al pie del saludo traído por las fiestas, Herbert Dreuther, estaba impresa con un sello). Siempre me sorprendía que la carta no llevara simplemente como firma: Gom. En la estación de los aguinaldos y de los cigarros, imprevisibles en cuanto a cantidad, a veces se le oía llamar por su nombre entero, el Gran Viejo.

Y había en él algo realmente grande, con su melena blanca, su cabeza de músico. Mientras otros hombres coleccionaban cuadros para zafarse del impuesto a la herencia, él los coleccionaba por placer. Solía desaparecer durante un mes en su yate con una carga de escritores y de actrices y algún bicho raro: un hipnotizador, un hombre que había inventado una rosa nueva o descubierto algo sobre las glándulas endocrinas. Nosotros los de la planta baja no hubiéramos advertido su ausencia, desde luego: no habríamos sabido nada del asunto si no hubiera sido por los diarios ; los más baratos del domingo seguían su yate de puerto en puerto. Asociaban los yates con escándalos, pero nunca había escándalos en el barco de Dreuther. Odiaba todo lo desagradable fuera de la oficina.

Yo, por mi empleo, estaba un poco más enterado que los demás: el gasoil, junto con el vino, estaba incluido en el capítulo de gastos generales. Una vez esto trajo inconvenientes con Blixon. Mi jefe me lo contó. Blixon era el otro poder reinante, en el número 45. Tenía casi tantas acciones como Dreuther, pero no se le consultaba en proporción. Era pequeño y desaseado, nada distinguido y devorado por los celos. También él hubiera podido tener un yate, pero nadie habría navegado con él. Cuando protestó por lo del gasoil, Dreuther, magnánimo, cedió, y luego decidió suprimir todo su carburante de la cuenta de la Sociedad. Como vivía en Londres, usaba el auto de la casa, pero Blixon vivía en Hampshire. Se llegó a lo que Dreuther llamaba cortésmente un arreglo: las cosas quedaron como antes. Cuando Blixon consiguió de una manera u otra un título de nobleza, obtuvo una ventaja momentánea hasta que se enteró de cierto rumor: Dreuther había rehusado el que se le confería en la misma lista honorífica. Lo cierto es que durante una comida en que estaban Blixon y mi jefe, se oyó a Dreuther oponerse a que se le diera un título a tal artista. «Imposible. No podría aceptarlo. Un O.M.<sup>1</sup> (o quizá un C.H.)<sup>2</sup> son los únicos honores aún respetables».

---

<sup>1</sup> Order of Merit.

Y lo peor era que Blixon no había oído hablar jamás del C.H.<sup>2</sup>

Pero Blixon esperaba su hora. Un fajo más de acciones le daría el control, y creíamos que su plegaría principal, de noche (era miembro del Consejo Parroquial de Hampshire), era para pedir que las acciones salieran al mercado mientras Dreuther anduviera navegando.

---

<sup>2</sup> Companion of Honour.

## IV

Con el corazón alborotado llamé a la puerta del número 10 y entré, pero hasta en mi desesperación traté de fijarme en los detalles, pues en la planta baja querrían conocerlos. El cuarto no se parecía en nada a una oficina: había una biblioteca con colecciones de clásicos ingleses y la astucia de Dreuther había elegido a Trollope y no a Dickens, a Stevenson y no a Scott, aparentando así gustos personales. De la pared más alejada colgaban un Renoir sin gran valor, y un delicioso Boudin, y en seguida se veía que en vez de escritorio había un sofá. Los pocos legajos visibles se amontonaban en una mesa Regencia, y Blixon y mi jefe y un desconocido estaban incómodamente sentados en el borde de cómodos sillones. A Dreuther casi no se le veía: acostado de espaldas en el sillón más grande y más profundo, sostenía unos papeles sobre su cabeza y los escudriñaba a través de los anteojos de cristales más gruesos que jamás vi sobre una faz humana.

—Es fantástico y no puede ser verdad —estaba diciendo con su voz grave y gutural.

—No veo la importancia...—dijo Blixon.

Dreuther se quitó los anteojos y fijó en mí su mirada.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Éste es el señor Bertram, mi auxiliar —dijo mi jefe.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Usted me pidió que lo llamara. —Lo recuerdo —dijo Dreuther —. Pero eso era hace media hora.

—He salido a almorzar, señor.

—¿Almorzar? —preguntó Dreuther como si se tratara de una palabra nueva.

—Era la hora del almuerzo, señor Dreuther —dijo el contador general.

— ¿Salen para almorzar?

— —Sí, señor Dreuther.

— ¿Todos?

—La mayoría, creo.

—¡Qué interesante! No lo sabía. ¿Sale usted a almorzar, Sir Walter?

—Claro que sí, Dreuther. Y ahora, por Dios santo, dejemos este asunto en manos del señor Arnold y del señor Bertram. Se trata sólo de seis libras, quince chelines y catorce peniques. Tengo hambre, Dreuther.

—Lo importante no es la suma, Sir Walter. Usted y yo tenemos a nuestro cargo una gran empresa. No podemos dejar a los otros nuestras responsabilidades. Los accionistas...

—Déjese de pomposas idioteces, Dreuther. Los accionistas somos usted y yo...

—Y el Otro, Sir Walter. Usted no ha de olvidar jamás al Otro, ¿no? Por favor, señor Bertram, siéntese y mire estas cuentas. ¿Pasaron por sus manos?

Con alivio vi que pertenecían a una pequeña compañía subsidiaria con la cual no tenía yo trato.

—No tengo nada que ver con las *General Enterprises*, señor.

—No importa. Puede que usted sepa algo de cifras: no cabe duda que ninguno de los demás sabe. Por favor, vea si nota algún error.

Lo peor había pasado. Dreuther había señalado una equivocación y realmente no le preocupaba la solución.

—Tome un cigarro, Sir Walter. ¿Ha visto usted cómo todavía no puede arreglarse sin mí?

Encendió su propio cigarro.

—¿Encontró el error, señor Bertrand?

—Sí. En la cuenta de gastos generales.

—Exactamente. Tómese usted el tiempo que necesite, señor Bertrand.

—Si a usted no le importa, Dreuther... He reservado una mesa en el Berkeley...

—Desde luego, Sir Walter, si tiene tanta hambre... puedo yo ocuparme de este asunto.

—¿Viene conmigo, Naismith?

El desconocido se puso de pie, hizo así como un saludo a Dreuther y siguió a Blixon.

—¿Y usted, Arnold, ha almorzado?

—Realmente, no importa, Dreuther.

—Tiene que disculparme. Nunca se me cruzó por la cabeza... esto... ¿la hora del almuerzo le llaman?

—Realmente no...

—El señor Bertrand ha almorzado. Él y yo liquidaremos este problema entre los dos. ¿Quiere decirle a Miss Bullen que estoy pronto para mi vaso de leche? ¿Tiene ganas de tomar un vaso de leche, señor Bertrand?

—No, gracias, señor.

Me encontré solo con el Gom. Me sentí desamparado mientras él me miraba revolver los papeles en el octavo piso, en la cima de una montaña, como uno de los personajes del Antiguo Testamento a quien un Rey ordena: «Profetice».

—¿Dónde almuerza, señor Bertrand?

—En el *Volunteer*.

—¿Es un buen restaurante?

—Es un fonducho, señor.

—¿Sirven comidas?

—Bocadillos.

—¡Qué interesante!

Se calló. Empecé de nuevo a sumar, restar. Me quedé un rato perplejo. Los seres humanos son capaces de cometer los errores más simples, no llevar una cifra a otra columna, pero teníamos las mejores máquinas y una máquina debe ser incapaz de...

—Me siento embarcado... —dijo Dreuther.

—Confieso, señor, que yo también me siento embarcado en algo...

—¡Oh, no! No lo dije en ese sentido. De ningún modo en ese sentido. No hay prisa. Ya arreglaremos todo eso. Con tiempo. Quería decir que cuando Sir Walter sale de mi cuarto tengo una sensación de calma, de paz. Pienso en mi yate.

El humo de su cigarro subió entre nosotros. —*Luxe, calme et volupté* —dijo. —No puedo encontrar ningún *ordre*, o ninguna *beauté* en estos números, señor.

—¿Lee usted a Baudelaire, señor Bertrand?

—Sí.

—Es mi poeta favorito.

—Yo prefiero a Racine, señor. Pero supongo que eso debe ser por el matemático que llevo dentro.

—No crea demasiado en su clasicismo. Hay momentos en Racine cuando... el abismo se abre.

Yo tenía la sensación de que me vigilaban mientras lo verificaba todo de nuevo. Después vino el veredicto.

—Pero qué interesante.

Ahora, al fin estaba yo verdaderamente absorto en mi trabajo. Nunca he podido entender la indiferencia del profano por los números. Hasta el más tonto puede vagamente apreciar la poesía del sistema solar —«el ejército de leyes inalterables» —y sin embargo no puede ver la marcha majestuosa de las columnas, ciertos números que suben, que cruzan, un número que va corriendo a lo largo de cada columna, que emerge como una complicada maniobra en el Desfile de la Bandera. Ahora yo estaba persiguiendo un pequeño número, que trataba de escabullirse.

—¿Qué máquinas de calcular usan en *General Enterprises*, señor?

—Pregúnteselo a Miss Bullen.

—Estoy seguro que es la Revolg. Nosotros dejamos de usarlas hace cinco años. Cuando envejecen tienen una tendencia a resbalar, pero sólo cuando el 2 y el 7 están en relación, y además no siempre, y además sólo en las restas, no en las sumas. Fíjese usted aquí, señor: la combinación se produjo cuatro veces, pero solamente una vez resbaló la máquina...

—Por favor, no me explique nada, sería inútil.

—Lo único que anda mal es la parte mecánica. Que se vuelvan a hacer los cálculos con una de nuestras máquinas. Y cambien las Revolg. Ya han estado demasiado tiempo en uso.

Me recosté en el sofá con un suspiro de triunfo. Me sentía el igual de cualquier hombre. En realidad, había cumplido un esmerado trabajo de investigación; en cada juntura, remache, tornillo, se oculta el pecado original. Traté de explicárselo al señor Dreuther, pero estaba falto de aliento.

—Sumamente interesante, señor Bertrand. Estoy contento que hayamos resuelto el problema mientras Sir Walter está satisfaciendo sus deseos terrenales. ¿Está seguro de que no quiere un vaso de leche?

—No, gracias, señor. Tengo que volver al piso bajo.

—No hay prisa. Parece cansado, señor Bertrand. ¿Cuándo fueron sus últimas vacaciones?

—Mis vacaciones anuales llegan ahora, señor. Por lo demás, aprovecho la oportunidad para casarme.

—¡De veras! Sumamente interesante. ¿Ha recibido su reloj?

—¿Reloj?

—Tengo entendido que aquí siempre regalan un reloj. ¿Es la primera vez, señor Bertrand? —Bueno... la segunda.

—¡Ah!, la segunda tiene más probabilidades de resultar.

El Gom tenía, por cierto, una manera muy suya de tratar a la gente. Hacía que uno hablara, se confiara, daba la impresión de interesarse verdaderamente, y creo incluso que se interesaba por un momento. Estaba preso en su cuarto, y los pequeños hechos del mundo circundante le llegaban como sorprendentes novedades ; le entretenían como un preso se entretiene con un ratón o guarda preciosamente una hoja que pasa a través de los barrotes. Dije:

—Vamos a pasar la luna de miel a Bournemouth.

—¡Ah! Ésa no me parece una buena idea. Es demasiado clásico. Debería de llevar a la joven al sur... La bahía de Río...

—Yo no podría permitirme ese gasto, señor.

—El sol le haría bien, señor Bertrand. Está usted pálido. Yo sugeriría Sudáfrica, pero no es mejor que Bournemouth.

—Temo que de cualquier manera...

—Ya sé... Encontré la solución, señor Bertrand. Usted y su linda y joven mujer vendrán a mi yate. Todos mis huéspedes me abandonan en Niza y Montecarlo. Allí los recogeré el 30. Navegaremos por la costa de Italia, la Bahía de Nápoles, Capri, Ischia.

—Temo que resulte un poco difícil, señor. Se lo agradezco muchísimo, pero nos pensamos casar justamente el 30.

—¿Dónde?

—San Lucas, Maida Hill..

—¡San Lucas! Eso también es demasiado clásico, amigo. No hay que ser demasiado clásico con una mujer joven y linda. Supongo que es joven, señor Bertrand.

—Sí.

—Y linda.

—A mí me, parece, señor.

—Entonces tiene que casarse en Montecarlo. Ante el alcalde. Y yo seré testigo. El 30. A la noche saldremos para Portofino. Eso es mejor que San Lucas o Bournemouth.

—Pero señor, habrá seguramente dificultades legales...

Pero ya había tocado el timbre para llamar a Miss Bullen.

Creo que hubiese podido ser un gran actor ; ya se veía en el papel de un Harun que puede sacar a un hombre de la obscuridad y convertirlo en gobernador de varias provincias. También se me ocurre que pensó que Blixon se sentiría celoso. Había asumido la misma actitud en el asunto del título nobiliario. Blixon estaba probablemente planeando una comida para el Primer Ministro. Esto le demostraría el caso que hacía Dreuther del rango. Cualquier éxito social de Blixon resultaría así aguado.

Miss Bullen apareció con un segundo vaso de leche.

—Miss Bullen, hable por favor con nuestra sucursal de Niza. Que todo quede allí en orden para que el señor Bertrand pueda casarse en Montecarlo el 30 a las 4 p.m.

—¿El 30, señor?

—Quizá sea necesario algún certificado de residencia... Tienen que solucionar todo eso. ¿Pueden incluirlo seis meses en su personal? Tendrán también que ver al ónsul británico. Mejor será que le hable por teléfono al señor Tissand, pero no me moleste más con este asunto. ¡No quiero saber nada más de él! ¡Ah!, y dígame a Sir Walter Blixon que hemos encontrado un fallo en las máquinas Revolg. Hay que cambiarlas inmediatamente. Que lo consulte al señor Bertrand. Le dirá lo que conviene hacer. Tampoco quiero que se me hable más de este asunto. El lío éste nos ha hecho pasar una mañana agotadora. Bueno, señor Bertrand, hasta el 30. Traiga sus tomos de Racine. Miss Bullen se ocupará de lo demás. Todo queda, pues, arreglado.

Así lo creía él, naturalmente, pero había que contar con Cary.

## V

El día siguiente era un sábado. Me encontré con Cary en el *Volunteer* y la acompañé caminando hasta su casa: era una de esas tardes de primavera en que se puede oler el campo en las calles de Londres ; olores de árboles y de flores soplaban en Oxford Street desde Hyde Park, Green Park, St. James y los jardines de Kensington.

—¡Oh! —dijo ella —, me gustaría que nos fuéramos lejos, lejos, a algún lugar muy caliente y muy alegre y muy...

Tuve que detenerla de un tirón o hubiera acabado debajo de un autobús. Siempre tenía que estar salvándola de los autobuses y de los taxis... A veces me preguntaba cómo podía mantenerse viva cuando no estaba yo junto a ella.

—Bueno —dije—, podemos.

Y mientras aguardábamos que cambiaran las luces de los semáforos se lo conté.

No sé por qué esperaba que ella se opondría seriamente ; en parte quizá porque la había visto tan ilusionada con un casamiento en la iglesia, el coro, el pastel de boda y todas esas tonterías.

—Piensa un poco —le dije —; un casamiento en Montecarlo, en vez de un casamiento en Maida Hill. Y el mar allí abajo, y el yate esperándonos...

Como nunca había estado allí, los detalles se me agotaron en seguida.

Ella dijo:

—También está el mar en Bournemouth. O por lo menos así cuentan.

—La costa italiana.

—En compañía del señor Dreuther.

—No compartiremos nuestro camarote con él —dije —y supongo que el hotel de Bournemouth no estaría completamente vacío.

—Querido mío, yo quería que nos casáramos en San Lucas.

—Piensa... la Alcaldía de Montecarlo... el alcalde en traje de gala. El... el...

—¿Y eso cuenta?

—Claro que cuenta.

—Sería más divertido que no contara y entonces podríamos casarnos en San Lucas, al regresar.

—Eso sería vivir en pecado.

—Me encantaría vivir en pecado.

—Podrías en cualquier momento —dije —. Esta tarde.

—¡Oh!, no quiero decir en Londres —dijo —. Eso sería nada más que hacer el amor. Vivir en pecado es... ¡Oh!, toldos a rayas y cuarenta grados a la sombra y uvas... y un traje de baño agresivamente alegre. Tendré que tener un traje de baño nuevo.

Pensé que todo se había arreglado, pero ella vio, por encima de los plátanos de una plaza vecina, uno de esos campanarios puntiagudos.

—Hemos mandado todas las invitaciones. ¿Qué va a decir tía Marión?

Había vivido con su tía Marión desde que sus padres murieron en la Blitz.

—Dile la verdad. Ella preferirá recibir tarjetas postales de Italia que de Bournemouth.

—El vicario se resentirá.

—Sólo por valor de cinco libras.

—Nadie creará realmente que nos hemos casado.

Agregó después de un momento (era fundamentalmente sincera):

—Eso sería divertido.

Pero el péndulo volvió al lado opuesto y prosiguió :

—Alquilas tu ropa. Pero a mí me hacen el vestido.

—Hay tiempo de convertirlo en un traje de noche. Y de cualquier modo ése hubiera sido su destino.

La iglesia apareció a la vista ; era una iglesia horrenda, pero no más horrenda que San Lucas. Era gris e inexorable y manchada de hollín, con escalones rojizos que bajaban a la calle color de barro y en un tablero se leía este texto: «Venid a Mí todos vosotros que lleváis una pesada carga», que era como decir: «Abandonad la Esperanza». Acababa de celebrarse un casamiento y había una deslucida fila de muchachas con cochecitos de niños, y niños y perros chillando, y de maduras y severas matronas que tenían aire de echar maldiciones.

Dije:

—Observemos un poco. Esto podría pasarnos también a nosotros.

Una hilera de muchachas con trajes largos color lila y gorritos holandeses de encaje se alinearon a cada lado de la escalera ; miraban con recelo a las niñeras y a las matronas, y dos medio rieron nerviosamente... Difícilmente se las hubiese podido censurar. Dos fotógrafos colocaron sus cámaras de manera que abarcaran la entrada, un arco que parecía estar decorado con hojas de trébol de piedra, y después aparecieron las víctimas seguidas por la retahíla de parientes.

—Es terrible —dijo Cary—, terrible. Pensar que podríamos ser nosotros dos.

—Bueno, tú no tienes un bocio incipiente y yo... bueno, ¡caray!, no me sonrojo y sé dónde poner mis manos.

Un auto decorado con cintas blancas esperaba y las muchachas del cortejo, armadas de bolsitas llenas de pétalos de rosa de papel, los arrojaron sobre la joven pareja.

—Tienen suerte —dije—. Hay escasez de arroz, pero estoy seguro de que la tía Marión tiene suficiente influencia con el tendero para conseguirlo.

—Nunca haría semejante cosa.

—No se puede confiar en nadie en cuestión de casamientos. Pone siempre de manifiesto extrañas y atávicas crueldades. Ahora que ya no pueden llevar a la cama a la novia, tratan de averiar al novio. Mira —dije apretándole con suavidad el brazo a Cary.

Un chico, incitado por una de las sombrías matronas, se había deslizado hasta la puerta del auto y justo cuando el novio se agachó para subir le tiró a quemarropa al infortunado joven un puñado de arroz en plena cara.

—Cuando sólo se puede conseguir una taza llena —dije—. Ya ves, no se puede saber de antemano lo que sucederá hasta ver de cerca al enemigo.

—Pero es terrible —dijo Cary.

—Eso, hija, es lo que se llama un casamiento en la iglesia.

—Pero el nuestro no será así. Va a ser muy tranquilo. Sólo los parientes cercanos.

—Te olvidas de los caminos y los cercos. Es una tradición cristiana. Ese chico no era un pariente. Te lo aseguro. Lo sé. A mí me han casado en una iglesia.

—¿Te casaron en la iglesia? Nunca me lo dijiste —dijo—. En ese caso prefiero mil veces que me casen en la Alcaldía. No te habrán casado también en una Alcaldía, ¿verdad?

—No, será por primera y última vez, puedes creerlo.

—¡Oh!, cállate —dijo Cary— y toca madera, por favor.

Y ahí estaba dos semanas más tarde, refregando... mentalmente la rodilla del caballo para que trajera suerte, en el gran *hall* del hotel de Montecarlo que, vacío, se extendía a nuestro alrededor, y yo dije: «Bueno, algo es algo. Estamos solos, Cary» (uno no podía contar al empleado que atendía a los viajeros, ni al cajero, ni al portero, ni a los dos hombres que llevaban nuestro equipaje, ni a una pareja de viejos sentada en un sofá, pues el señor Dreuther, me dijeron, no había llegado todavía y teníamos la noche por delante para los dos).

## VI

Comimos en la terraza del hotel y observamos a la gente que entraba al Casino. Cary dijo:

—Deberíamos ir sólo a mirar, para divertirnos. Al fin y al cabo, no somos jugadores.

—No podríamos serlo —dijo —con cincuenta libras por todo haber. — Habíamos decidido no gastar el dinero de ella para el caso en que nos fuera posible ir al Touquet a pasar una semana en invierno.

—Eres contador —dijo Cary —. Debes de saberlo todo en materia de martingalas.

—Las martingalas cuestan un dineral —dije.

Había descubierto que Miss Bullen nos había reservado un departamento y no tenía idea de cuánto podría costar. Nuestros pasaportes llevaban todavía nombres distintos; supongo, pues, que era razonable que tomáramos dos cuartos, pero la sala me parecía innecesaria. Quizá se suponía que recibiríamos allí después del casamiento. Dije:

—Se necesita un millón de francos para jugar con martingala, y asimismo se llega al límite. La banca no puede perder.

—Yo pensé que alguien había hecho saltar la banca una vez.

—Sólo en una canción cómica —dije.

—Sería espantoso si fuéramos jugadores de verdad —dijo—. Hay que tener tanto cuidado con el dinero. A ti no te preocupa, ¿eh?

—No —dije, y así lo pensaba.

Toda mi preocupación aquella noche era saber si nos acostaríamos juntos. Nunca lo habíamos hecho. Era esa clase de casamiento. Yo había ensayado la otra clase, y ahora era capaz de esperar meses si de esa manera podía ganar el resto de los años. Pero aquella noche no quería esperar más. Estaba tan alborotado como un muchacho... y no lograba ya leer en el pensamiento de Cary. Tenía quince años menos que yo, nunca se había casado antes, y los triunfos estaban en su mano. Ni siquiera podía interpretar lo que me decía. Por ejemplo, mientras cruzamos para ir al Casino, dijo: «Nos quedaremos sólo diez minutos. Estoy terriblemente cansada». ¿Era eso una alusión a mi favor o en contra? ¿O era simplemente la comprobación de un hecho? ¿El problema que yo llevaba en la cabeza no se le habría planteado a ella, o es que ya lo había resuelto y, por consiguiente, el tal problema no existía? ¿Presumía que yo sabía las razones?

Yo había pensado que lo descubriría cuando nos mostraran nuestros cuartos, pero todo lo que dijo, con gran regocijo, fue: « ¡Querido! ¡Qué lujo!»

Aproveché los méritos de Miss Bullen. «Es sólo por una noche. Después estaremos en el yate.» Había un gran cuarto para dos personas,

uno muy pequeño para una persona y entre los dos una sala de tamaño mediano: los tres tenían balcones. Yo tenía la sensación de que ocupábamos todo el frente del hotel. Primero me deprimió diciendo: «Hubiésemos podido tener dos cuartos para una persona» y después se contradijo agregando : «Todas las camas son dobles» y después se me cayó el alma a los pies de nuevo cuando miró el sofá de la salita y dijo: «No me hubiese importado dormir allí». No saqué nada en limpio, así que hablamos de martingalas, aunque me importaban un bledo las martingalas.

Después de haber mostrado nuestros pasaportes y de haber tomado entradas, pasamos a lo que llaman *cuisine*, donde se hacen las pequeñas apuestas. «Esto es lo que me corresponde», dijo Cary, y nada era menos verdad. Los viejos veteranos, sentados alrededor de las mesas, tomaban notas de cada número. Algunos parecían deshidratados, como los fumadores de opio. Había una pequeña señora morena que llevaba un sombrero de paja de cuarenta años atrás, cubierto de margaritas ; su garra izquierda reposaba sobre el borde de la mesa como el mango de una sombrilla y en su derecha tenía una ficha de cien francos. Después que la bola había dado cuatro vueltas, colocó la ficha y la perdió. Después se puso a esperar de nuevo. Un joven se inclinó sobre ella, puso cien francos a una docena, ganó y se fue. «Ahí va un sabio» dije ; pero cuando llegamos frente al bar, ahí estaba con un vaso de cerveza y un bocadillo.

—Festejando sus cien francos —dije irónicamente.

—No seas mezquino. Míralo... Creo que es lo primero que ha comido hoy.

Tenía los nervios de punta a fuerza de desearla, así que me irrité ; tontamente, pues de otra manera jamás lo hubiese mirado dos veces. Así es cómo preparamos nuestra propia perdición. Dije:

—No me llamarías mezquino si él no fuera joven y buen mozo.

—Querido —dijo con sorpresa—, yo sólo...—y entonces su boca tomó una expresión dura—. Eres mezquino ahora —dijo.

—No pienso disculparme, ¡qué diablos!

Ella se quedó inmóvil, mirando al joven hasta que éste levantó su absurdo y romántico rostro hambriento y la miró.

—Sí —dijo—, es joven, es buen mozo.

Y sin más salió del Casino. Yo la seguí diciendo : «Caray, caray, caray», en voz baja. Ya sabía ahora cómo pasaríamos la noche.

Subimos en el ascensor en un silencio de muerte y marchamos por el corredor hasta la salita.

—Puedes tornar el cuarto grande —dijo.

—No, tómalo tú.

—El pequeño es bastante espacioso para mí. No me gustan los cuartos inmensos.

—Entonces tendré que cambiar de lugar el equipaje. Han puesto el tuyo

en el cuarto grande.

—Y bueno, está bien así —dijo, y entró al cuarto y cerró la puerta sin decir buenas noches. Empecé a enojarme con ella y conmigo también.

—Espléndida noche de bodas —dije en alta voz dándole una patada a mi valija, y después, me acordé que todavía no estábamos casados, y todo me pareció tontería y despilfarro.

Me puse la *robe de chambre* y salí al balcón. El frente del Casino estaba iluminado: parecía una mezcla de palacio británico y de supéreme, con sus absurdas estatuas que, sentadas al borde del techo verde, miraban hacia el gran pórtico y los *commissionaires*; todo resaltaba en la luz blanca como si estuviera proyectado en tres dimensiones. En la bahía, los yates brillaban de luces, y un cohete estalló en el aire sobre la colina de Mónaco. Aquello era tan estúpidamente romántico que hubiera podido llorar.

—Fuegos de artificio, querido —dijo una voz y Cary apareció en el balcón, separada de mí por toda la anchura de la salita—. Fuegos de artificios —dijo —; ¡mira que tenemos suerte! —y así comprendí que no había pasado nada y que las cosas andaban bien de nuevo.

—Cary —dije, y teníamos que alzar la voz para oírnos —. Siento mucho lo que ha ocurrido...

—¿Crees que dispararán una traca?

—No me extrañaría.

—¿Ves las luces de la bahía?

—Sí.

—¿Crees que ha llegado el señor Dreuther?

—Me figuro que entrará a primera hora de mañana.

—¿Podríamos casarnos sin él? Quiero decir que él no es imprescindible, ¿verdad? Y su yate pudo tener algún desperfecto, o pudo naufragar en el mar, o pudo haber una tormenta, o algo, ¿no?

—Pienso que podríamos arreglarnos sin él.

—Piensas que todo ha estado bien arreglado, ¿no?

—Desde luego. Miss Bullen se ha encargado de todo. A las cuatro, mañana.

—Me estoy poniendo ronca de gritar. ¿Y tú? Ven al otro balcón, querido.

Pasé entonces a la salita y de allí salí al balcón. Dijo:

—Supongo que tendremos que almorzar juntos, tú, yo y el Gom.

—Si llega antes de almorzar.

—Sería divertido, no, que llegara demasiado tarde. Me gusta este hotel.

—Supongo que nos alcanzará el dinero para dos días.

—Claro que podríamos hacer subir la cuenta fabulosamente —dijo, y agregó —: pero supongo que no sería tan divertido como si viviéramos realmente en pecado mortal. Me pregunto si aquel muchacho tenía

deudas.

—Me gustaría que te olvidaras de él.

—¡Oh!, a mí no me interesa para nada, querido. No me gustan los muchachos. Supongo que tengo predisposición paternal.

—Caray, hija —dije—, no tengo edad de ser tu padre.

—¡Ah!, sí que la tienes —dijo—, la pubertad empieza a los catorce años.

—Entonces de aquí a quince años y medio, a partir de esta noche, podrás ser abuela.

—Esta noche —dijo nerviosamente, y se calló.

Los fuegos de artificio estallaron en la noche. Dije:

—Ahí va tu traca.

Se volvió y la miró sin mayor interés.

—¿En qué estás pensando, Cary?

—Es tan raro —dijo —, ahora vamos a estar juntos años y años y años. Querido, ¿te parece que tendremos bastante de qué hablar?

—No tenemos necesidad de hablar solamente.

—Querido, hablo en serio. ¿Tenemos algo en común? Soy un desastre en matemáticas. Y no entiendo nada de poesía. Tú sí.

—Pues ni falta que te hace. Las personas como tú... son poesía.

—No, pero escucha... Hablo en serio.

—Todavía no hemos agotado ningún tema... y, sin embargo, no hemos hecho más que hablar.

—Sería tan terrible que nos convirtiéramos simplemente en un matrimonio —dijo —. Sabes lo que quiero decir. Tú con tus papeles y yo con mi punto.

—No sabes hacer punto.

—Bueno, haciendo un solitario entonces. O escuchando la radio. O mirando la televisión. Nunca tendremos un aparato de televisión, ¿no?

—Nunca.

Los fuegos de artificio se iban muriendo; hubo una larga pausa ; desvié mi mirada de las luces de la bahía. Ella se había acurrucado en el suelo, en el balcón, la cabeza contra la pared, y se había dormido. Cuando me incliné hacia ella, pude tocar su pelo. Se despertó en seguida.

—¡Ay!, qué tonta. Estaba amodorrada.

—Es hora de irse a la cama.

—¡Oh!, pero no estoy nada cansada. De veras.

—Dijiste que lo estabas.

—Es el aire fresco. Es tan agradable estar respirando este aire fresco.

—Entonces ven a mi balcón.

—Sí, podría, ¿no? —dijo dubitativamente.

—No necesitamos los dos balcones.

—No.

—Ven, pues.

—Pasaré por encima.

—No. No lo hagas. Podrías...

—No discutas —dijo—, allí voy.

Debieron de pensar que estábamos locos cuando vinieron a arreglar los dormitorios al día siguiente. Tres camas para dos personas y nadie había dormido en ellas.

## VII

Después del desayuno tomamos un coche de caballo para ir a la Alcaldía... Yo quería asegurarme de que a Miss Bullen no se le había escapado algún requisito, pero no, todo estaba previsto y arreglado ; el casamiento debía tener efecto a las cuatro en punto. Nos pidieron que no llegáramos con retraso, pues había otro casamiento a las cuatro y media.

—¿Te gustaría ir al Casino?—le pregunté a Cary —. Podríamos jugar mil francos, quizá, ahora que todo está arreglado.

—Antes echemos una mirada al puerto y veamos si ha llegado.

Bajamos por unos escalones que me recordaron Montmartre, con la diferencia de que aquí todo estaba limpio, reluciente y nuevo, en vez de gris, viejo e histórico. En todas partes aparecía el Casino ; las librerías vendían martingalas en sobres, «2.500 francos por semana garantizados»; las jugueterías vendían pequeñas ruletas; los estancos vendían ceniceros en forma de rueda ; y hasta en las tiendas de modas había *echarpes* con números, par e impar, colorado y negro.

Vimos en la bahía una docena de yates, y tres llevaban banderas inglesas, pero ninguno de ellos era «La Gaviota», de Dreuther.

—Sería terrible que se hubiera olvidado —dijo Cary.

—Miss Bullen nunca le dejaría olvidarse. Supongo que estará en Niza, descargando pasajeros. Y acuérdate que anoche querías que llegara con retraso.

—Sí, pero esta mañana me da miedo. Quizá no debiéramos jugar en el Casino... por si acaso.

—Tomaremos un término medio —dije —. Trescientos francos. No podemos irnos de Mónaco sin haber jugado una vez.

Nos quedamos dando vueltas por la *cuisine* bastante tiempo antes de jugar. Éste era el momento grave del día... no había turistas y las *Salles Privées* estaban cerradas y sólo los veteranos sentados rodeaban las mesas. Uno tenía la sensación de que el almuerzo de todos ellos dependía de la victoria. Para ellos se trataba de una tarea larga, dura, aburrida, una taza de café y a trabajar hasta la hora del almuerzo, si la martingala tenía éxito y podían permitirse ese lujo. Una vez, Cary rió... he olvidado de qué, y un viejo y una vieja en dos lados opuestos de la mesa levantaron la cabeza y la miraron fijamente. Esta frivolidad los ofendía: para ellos, la cosa no era un juego. Incluso si la martingala daba resultado, ¡cuánto trabajo costaba ganarse dos mil quinientos francos por semana! Con sus libretas y sus apuntes no dejaban nada librado al azar, y, sin embargo, una y otra vez el azar, de una dentellada, les arrancaba sus fichas.

—Querida, apostemos.

Ella puso sus trescientos francos en el número de su edad, y cruzó los dedos para que le trajera suerte. Yo tomé mis precauciones ; puse una ficha en la esquina del mismo número y jugué a negro e impar con las

otras. Los dos perdimos en su edad, pero yo gané a *chance*.

—Has ganado un dineral, querido. Qué astuto eres.

—He ganado doscientos y he perdido cien.

—Nos pagaremos una taza de café. Siempre dicen que hay que irse cuando uno gana.

—Pero no hemos ganado realmente. Hemos perdido cuatrocientos.

—Tú has ganado.

Mientras tomábamos el café, dije:

—¿Sabes que creo que voy a comprar una martingala, para divertirme? Me gustaría ver cómo llegan a convencerse...

—Si alguien puede inventar una martingala, tendrías que ser tú.

—Vería posibilidades si no hubiese límites para las posturas, pero entonces habría que ser millonario.

—Querido, no inventarás una de verdad, ¿no? Es divertido pensar que se es rico durante dos días, pero no sería divertido si fuera verdad. Mira los clientes de este hotel, son ricos. Esas mujeres con la piel tirante por la cirugía estética, el pelo teñido y esos atroces perritos...

Y añadió con uno de sus relámpagos de inquietante sabiduría:

—Una casi se asusta de ser vieja cuando se es rica.

—Ha de haber peores temores cuando se es pobre.

—A esos estamos acostumbrados. Querido, vamos a mirar un poco la bahía otra vez. Es casi hora de almorzar. Quizá el señor Dreuther esté a la vista. Este lugar... no me gusta demasiado.

Desde el mirador pudimos ver que no había ningún cambio en la bahía. El mar estaba muy azul y en calma y podíamos oír la voz de un timonel dirigiendo sus ocho remeros que subía clara desde el agua. Allí lejos aparecía un barco blanco, más pequeño que un juguete de celuloide para el baño de un niño.

—¿No piensas que pueda ser el señor Dreuther? —preguntó Cary.

—Podría ser. Supongo que será.

Pero no lo era. Cuando volvimos a la bahía, después del almuerzo, no estaba «La Gaviota» y el barco que habíamos visto había desaparecido. Naturalmente, no era cuestión de inquietarse: incluso si no llegaba antes de la noche, podríamos casarnos. Dije:

—Si algo le hubiese detenido, hubiera teleografiado.

—Quizá se haya olvidado, sencillamente —dijo Cary.

—Eso es imposible —dije, pero muy bien sabía que nada era imposible con el Gom.

Añadí:

—Creo que avisaré al hotel que nos quedaremos con una habitación... por si acaso.

—El cuarto pequeño —dijo Cary.

El conserje estaba un poco enojado.

—¿Un cuarto, señor?

—Sí, un cuarto. El pequeño.

—¿El pequeño para usted y la señora, señor?

—Sí —y tuve que explicar —: nos casamos esta tarde.

—Felicitaciones, señor.

—El señor Dreuther tenía que estar aquí.

—No hemos recibido ningún aviso del señor Dreuther, señor. Generalmente nos anuncia su llegada... No le esperamos.

Ni yo tampoco, pero no se lo dije a Cary. Después de todo, con o sin Gom, éste era el día de nuestro casamiento. Traté de hacerla volver al Casino y perder unos pocos francos, pero dijo que quería caminar por la terraza y mirar el mar. Era un pretexto para vigilar la llegada de «La Gaviota». Y, naturalmente, «La Gaviota» nunca vino. Mi entrevista no había significado nada, la bondad de Dreuther no había significado nada: era un capricho que había pasado como un pájaro selvático sobre el blanco erial de su mente, sin dejar rastro alguno. Nos había olvidado. Dije:

—Es hora de ir a la Alcaldía.

—No tenemos ni siquiera un testigo —dijo Cary.

—Encontrarán dos —dije con una seguridad que no sentía.

Pensé que resultaría alegre llegar en un coche de caballo y subimos románticamente en un desvencijado vehículo, en la puerta del Casino, y nos sentamos bajo su capota de un blanco sucio. Pero habíamos elegido mal. El caballo era puro hueso y pellejo, y yo no tuve en cuenta que el camino iba cuesta arriba. Un señor de edad, con un aparato para oír pegado a la oreja, empujado por una mujer madura, iba hacia el Casino con más rapidez que nosotros. Cuando nos pasaron, pude oír su nítida voz inglesa. Debía de estar terminando un cuento. Dijo: «Y vivieron felices para siempre». El viejo, con una risita, dijo: «Cuéntamelo otra vez». Miré a Cary y esperé que no hubiera oído, pero había oído.

—Querida —dije—, no seas supersticiosa. No lo seas hoy.

—Hay mucho de cierto en las supersticiones. ¿Corno sabes que el destino no nos manda mensajes... para que estemos preparados? Algo así como un código. Estoy siempre inventando nuevos. Por ejemplo —pensó un momento —...nos traerá suerte encontrar una confitería antes que una florista. Vigila tu lado de la calle.

Lo hice, y naturalmente la florista se presentó antes. Esperé que no se hubiese dado cuenta, pero se dio cuenta.

—No se le puede hacer trampas al destino —dijo, apesadumbrada.

El coche andaba más y más despacio: hubiésemos ganado tiempo andando. Miré mi reloj: sólo teníamos diez minutos. Dije:

—Debiste sacrificar un pollo esta mañana para averiguar qué

presagiaban sus entrañas.

—Está muy bien eso de burlarse —dijo—. Pero quizá nuestros horóscopos no coincidan.

—¿Estarías dispuesta a romper conmigo? Quién sabe. A lo mejor encontramos a un bizco.

—¿Y eso es malo?

—Es terrible.

Le dije al cochero:

—Por favor, vayamos más aprisa. *Plus vite*.

Cary me tomó el brazo.

—¡Oh!—dijo.

—¿Qué pasa?

—¿No viste a ese que iba por la calle cuando volvió la cabeza? Era bizco.

—Pero Cary, si yo estaba bromeando solamente.

—No le hace. ¿Comprendes? Las cosas son como yo digo: se inventa un código y el destino lo usa.

Dije, enojado:

—Bueno, pues no importa nada. Vamos a llegar demasiado tarde, de cualquier modo.

—¿Demasiado tarde?—Me tomó la muñeca y miró mi reloj. Dijo —: Querido, no podemos llegar tarde. Pare. *Arrêtez*: Anda, págale.

—No podemos correr cuesta arriba —dije ; pero ya había bajado del coche y les hacía señas frenéticas a todos los autos que pasaban.

Desfilaban padres de familia, contentos de sí mismos, y los niños, aplastando su nariz contra los vidrios, nos hacían muecas. Dijo:

—No hay nada que hacer. Tenemos que correr.

—¿Por qué hacerse mala sangre? Nuestro casamiento iba a ser desgraciado... Ya has visto los presagios, ¿no?

—No me importa —dijo —, prefiero ser desgraciada contigo que ser feliz con cualquier otro.

Ésa era su manera súbita de disipar una pelea, un mal estado de ánimo, con una declaración categórica. La tomé de la mano y empezamos a correr. Pero nunca habríamos podido llegar a tiempo si un camión de mudanzas no se hubiese parado para que subiéramos. ¿Habría alguien que haya llegado a su casamiento sentado en una vieja cama de bronce? Dije:

—De hoy en adelante, una cama de bronce nos traerá siempre suerte.

Dijo:

—Hay una cama de bronce en el cuartito del hotel.

Nos quedaban dos minutos cuando el hombre del camión de mudanzas nos ayudó a bajar en la plazuela que parecía encontrarse en el tejado del

mundo. Al sur no había nada más elevado, supongo, hasta las montañas del Atlas. Las casas altas se erguían como cactus hacia el cielo azul, y una estrecha calle color terracota terminaba abruptamente al borde de la gran roca de Mónaco. Una Virgen celeste pálido con ángeles volando alrededor de ella como una bufanda miraba desde la iglesia de enfrente, y hacía calor, había brisa y mucha quietud y todos los caminos de nuestras vidas nos habían llevado a esta plaza.

Creo que por un momento los dos tuvimos miedo de entrar. Nada, adentro, podía ser tan bueno como esto, y no lo fue. Nos sentamos en un banco de madera, y pronto otra pareja vino a sentarse junto a nosotros, la muchacha de blanco, el hombre de negro. De repente tuve desagradablemente conciencia de no estar vestido para las circunstancias. Entonces un hombre con cuello duro y alto hizo muchos reparos por los documentos y por un momento pensamos que el casamiento no se celebraría ; luego hubo inconvenientes porque nos habíamos presentado sin testigos, y por fin consintieron en prestarnos un par de empleados cabizbajos. Nos hicieron pasar a un gran cuarto vacío con una araña, un escritorio —observé que en la puerta decía *Salle des Mariages*, y el alcalde, un hombre muy viejo que se parecía a Clemenceau, con la banda azul y roja de su oficio, esperó, impaciente, mientras el hombre del cuello leía nuestros nombres y las fechas de nuestro nacimiento.

Entonces el alcalde repitió lo que sonaba como todo un código en francés rápido, y nosotros nos mostramos de acuerdo con él (aparentemente se trataba de cláusulas del código de Napoleón). Después el alcalde dijo un discursito en un inglés muy malo sobre nuestros deberes hacia la sociedad y nuestra responsabilidad hacia el Estado, y por fin me dio un apretón de manos, besó a Cary en la mejilla, y salimos, pasando ante la pareja que esperaba, a la plazuela ventosa.

No Había sido una ceremonia impresionante, no había habido órgano, como en San Lucas, y ningún invitado.

—No tengo la impresión de que me haya casado —dijo Cary, pero agregó —: Es divertido no sentirse casada.

## VIII

Hay tantas caras en las calles, en los bares, los ómnibus y las tiendas que a uno le recuerdan el Pecado Original, y tan pocas que lleven permanentemente el signo de la Inocencia Original. El rostro de Cary era así: hasta la vejez miraría al mundo con ojos de niño. Nunca estaba aburrida: cada día era un día nuevo ; hasta la pena era eterna, y cada alegría iba a durar para siempre. «Terrible» era su adjetivo favorito, en su boca no era un clisé, y había terror en sus placeres, sus miedos, sus ansiedades, su risa: el terror de la sorpresa de ver algo por primera vez. La mayoría de nosotros sólo ve semejanzas, cada situación ha sido experimentada ya, pero Cary sólo veía diferencias, como el catador de vinos que puede percibir el sabor más exótico.

Volvimos al hotel y «La Gaviota» no había llegado y Cary no estaba preparada para esta ansiedad y la recibió como si fuera la primera vez que tal cosa nos sucediera. Después fuimos al bar a tomar algo, y fue como si por primera vez tomáramos algo juntos. Tenía por el gin y el Dubonnet una insaciable afición que yo no compartía. Dije:

—Ahora no llegará hasta mañana.

—Querido, ¿nos alcanzará el dinero para la cuenta?

—¡Oh!, podremos pasar la noche sin preocuparnos. Nos alcanzará.

—Podríamos ganar suficiente dinero en el Casino.

—Nos quedaremos con el cuarto barato. No podemos arriesgar más.

Creo que perdimos doscientos francos aquella noche y a la mañana y a la tarde miramos la bahía, pero «La Gaviota» no estaba allí.

—Se ha olvidado —dijo Cary—. De otro modo hubiera teleografiado.

Yo sabía que tenía razón, y no sabía qué hacer, y cuando llegó el día siguiente sabía menos aún.

—Querido —dijo Cary—, sería mejor que nos fuéramos mientras estamos en condiciones de pagar la cuenta.

Pero yo había pedido ya la cuenta secretamente (con el pretexto de que no queríamos jugar más allá de nuestros recursos), y sabía que nuestros fondos eran ya insuficientes. No quedaba más remedio que esperar. Telegrafíé a Miss Bullen y contestó que el señor Dreuther estaba ya en alta mar y fuera de su alcance. Yo le estaba leyendo el telegrama a Cary cuando el viejo que usaba el aparato para sordos se sentó en una silla, arriba de la escalinata, y se puso a mirar a la gente que pasaba a la luz del sol poniente. Súbitamente preguntó:

—¿Usted conoce a Dreuther?

Dije:

—Desde luego, Dreuther es mi patrón.

—Usted cree que lo es —dijo ásperamente— Trabaja en Sitra, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces yo soy su patrón, joven. No ponga usted su fe en Dreuther.

—¿Es usted el señor Bowles?

—Desde luego, soy el señor Bowles. Vaya a buscar a mi enfermera, ya es tiempo de que vayamos a la ruleta.

Cuando nos quedamos de nuevo solos, Cary dijo:

—¿Quién era ese viejo horrendo? ¿Era realmente tu patrón?

—En cierto modo. En la casa lo llamamos

E. L. Otro. Tiene unas cuantas acciones en Sitra, sólo unas cuantas, pero establecen un equilibrio entre Dreuther y Blixon. Mientras él apoye a Dreuther, Blixon no puede hacer nada, pero si Blixon llega a comprar las acciones, lo sentiré por el Gom. Y esto es una manera de hablar —agregué—. Hoy día nada podría hacerme sentir que le pasara algo.

—Querido, sólo está desmemoriado.

—Esa manera de estar desmemoriado no se padece sino cuando a uno le importa un bledo lo de los demás. Ninguno de nosotros tiene el derecho de olvidar a nadie. Excepto olvidarnos a nosotros mismos. El Gom nunca se olvida de sí mismo. Vamos al Casino, ¡qué demonios!

—No podemos permitirnoslo.

—Debemos tanto dinero ya que es lo mismo.

Aquella noche no jugamos mucho ; estuvimos allí, mirando a los veteranos. El joven estaba de vuelta en la *cuisine*. Lo vi cambiar un billete de mil francos por fichas de cien, y después, cuando las perdió, se fue. Nada de café y tostadas aquella tarde. Cary dijo:

—¿Crees que se irá con hambre a la cama?

—Así nos iremos nosotros —dije —si «La Gaviota» no aparece.

Observé a los que jugaban con un sistema, perdiendo un poco, ganando un poco, y pensé qué extraño era que pudiera persistir la creencia de que se le puede ganar a la banca. Eran pequeños teólogos tratando pacientemente de racionalizar un misterio. Supongo que en todas las vidas llega un momento en que nos preguntamos: ¿y si después de todo existiera Dios, y si los teólogos tuvieran razón? Pascal era un jugador que jugaba su dinero a un sistema divino. Pensé que yo era mucho mejor matemático que cualquiera de los que estaban allí... ¿Sería por ese motivo que no creía yo en su misterio? ¿No sería posible que yo lo solucionara donde ellos fracasaban? Y fue casi como una plegaria cuando pensé: no es por el dinero... Yo no deseo una fortuna... Nada más que unos pocos días con Cary, libres de ansiedad. De todos los sistemas que se usaban en torno a la mesa, uno sólo daba resultados verdaderos y no dependía de la llamada ley de la suerte. Una mujer de edad madura, con un gran nido de pelo postizo y rubio y dos dientes de oro, no se despegaba de la mesa más concurrida. Si alguno daba un golpe se acercaba a él y, tocándole el codo, mendigaba del modo más descarado, siempre que el *croupier* no mirara para ese lado, la dádiva de una ficha de doscientos francos. Quizá se considere que la caridad, como los

jorobados, trae suerte. Cuando recibía la ficha la cambiaba por dos de cien, guardaba una en su bolsillo y jugaba la otra a pleno. Así no perdía sus cien, y un día ganó 3.500 francos. La mayoría de las noches debía de marcharse de la mesa con mil francos de lo que se guardaba en su bolsillo.

—La viste —dijo Cary mientras íbamos hacia el bar a tomar un café. Habíamos renunciado a los gin y a los Dubonnets —. ¿Por qué no habría yo de hacer lo mismo?

—No hemos llegado a eso.

—He resuelto algo —dijo Cary —. No comeremos más en el hotel.

—¿Quieres que nos muramos de hambre?

—Tomaremos café con panecillos en un café... O quizá leche... Es más nutritivo.

Dije tristemente:

—Ésta no es la luna de miel planeada por mí. Bournemouth hubiese sido mejor.

—No te inquietes, querido. Todo se arreglará cuando llegue «La Gaviota».

—Ya no creo en «La Gaviota».

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer durante estos quince días?

—Ir a la cárcel, me figuro. Quizá la cárcel pertenezca a la misma empresa que el Casino y tengamos horas de recreo en torno a una mesa de ruleta.

—¿No podrías pedirle un préstamo al otro?

—¿Bowles? En su vida ha prestado un céntimo sin estar bien seguro. Es más astuto que Dreuther y Blixon juntos... De otra manera ya le hubieran sacado sus acciones hace años.

—Pero ha de haber algo que podamos hacer, querido.

—Sí, hay, señora.

Levanté los ojos de mi café que se estaba enfriando y vi a un hombrecito con un traje gastado, pero limpio y con zapatos en las mismas condiciones. Su nariz parecía más grande que el resto de la cara: la experiencia de toda una vida le había hinchado las venas y nublado la vista. Llevaba con garbo debajo del brazo un bastón cuyo mango era una cabeza de pato, y que había perdido su contera. Dijo con borrosa cortesía:

—Es imperdonable que yo me entremeta, pero ustedes no han tenido suerte en las mesas y les traigo la buena nueva, señor y señora.

—Estábamos por irnos —dijo Cary. Me dijo después que el uso de una frase bíblica la hizo estremecerse como ante una *diablerie*... El diablo se dedica siempre a ese juego: citar las santas escrituras.

—Sería mejor que se quedaran, pues yo tengo encerrado en mi cabeza un sistema perfecto. Estoy dispuesto a entregárselo por unos míseros diez mil francos.

—Está pidiendo lo que no tenemos —le dije.

—Pero ustedes están viviendo en el hotel de París. Los he visto.

—Es por el cambio —dijo Cary en seguida—. Usted ya sabe lo que pasa con nosotros los ingleses.

—Mil francos.

—No —dijo Cary—. Lo siento.

—¡Mire! Le propongo darle algo de beber en cambio.

—Whisky—contestó el hombrecito lacónicamente.

Me percaté demasiado tarde que el whisky costaba 500 francos. Se sentó a una mesa con el bastón entre las rodillas, de modo que el pato parecía dispuesto a compartir su bebida. Yo dije:

—Adelante.

—Es un whisky muy diminuto.

—No le daré otro.

—Se trata de algo muy sencillo —dijo el hombrecito— como todo gran descubrimiento matemático. Primero se apuesta a un número y después cuando el número sale, se ponen todas las ganancias en la correcta transversal de seis números. La correcta transversal del uno es del 31 al 36; la del dos es del 13 al 18; la del tres...

—¿Por qué?

—Puede estar seguro de que estoy en lo cierto. Me he pasado estudiando estas cosas durante muchos años, aquí. Por quinientos dólares le venderé la lista de todos los números que han salido el mes de junio pasado.

—Pero, ¿supongamos que el número no sale?

—Espere, para comenzar con el sistema, que salga.

—Podría esperar años.

El hombrecito se puso de pie, saludó y dijo:

—Es por eso que uno necesita capital. Yo tenía demasiado poco capital. Si en vez de cinco millones hubiera tenido diez millones no estaría vendiendo sistemas por un vaso de whisky.

Se retiró con dignidad. Su bastón sin contera daba golpecitos sordos sobre el piso encerado y el pato miraba hacia atrás como con ganas de quedarse.

—Creo que mi sistema es mejor—dijo Cary—. Si esa mujer puede utilizarlo, también puedo yo...

—Eso es mendigar. No quiero que mi mujer pida limosna.

—Soy una mujer recién estrenada. Y no es mendigar... No se trata de dinero sino de tener fichas.

—Hay algo en lo que dijo ese hombre que me da que pensar, ¿sabes? Es cuestión de reducir las pérdidas y de aumentar las ganancias.

—Sí, querido. Pero con mi sistema no pierdo nada.

Durante cerca de media hora no la vi y después volvió casi corriendo.

—Querido, deja tus garabatos. Quiero volver a casa.

—No son garabatos. Estoy combinando algo.

—Querido, por favor, ven en seguida o voy a llorar.

Cuando salimos afuera me arrastró por el jardín, entre las palmeras iluminadas y los canteros de flores de confitería. Dijo:

—Querido, resultó un terrible fracaso.

—¿Qué sucedió?

—Hice exactamente lo que hizo la mujer. Esperé hasta que alguien ganara una buena suma y entonces le di un codazo y dije: «Déme». Pero no me dio. Dijo ásperamente: «Váyase a casa con su mamá». Y el *croupier* levantó los ojos. Así que pasé a otra mesa. Y el hombre dijo: «Más tarde, más tarde. En la terraza». Querido, me tomó por una puta. Y cuando ensayé por tercera vez... ¡ah!, fue terrible. Uno de esos empleados que encienden los cigarrillos de la gente, me tocó el brazo y dijo: «Creo que por esta noche ya jugó bastante la señorita». El que me llamara señorita empeoraba la cosa. Sentía ganas de tirarle a la cara mi libreta de matrimonio, pero se me había olvidado en el cuarto de baño del hotel. —¿En el cuarto de baño?

—Sí. En la bolsa de mi esponja, querido, porque no sé por qué razón nunca pierdo la bolsa de la esponja... La he tenido años y años. Pero no es por eso que tengo ganas de llorar. Querido, sentémonos aquí. No puedo llorar caminando... Es como comer chocolate al aire libre. Se queda uno tan sin aliento que no se le puede tomar el gusto al chocolate.

—Si tienes algo peor que decirme, dímelo de una vez, por Dios santo —dije—. ¿Te das cuenta que ya no podremos entrar de nuevo al Casino?... Justo cuando yo iba a empezar a jugar con un sistema, un verdadero sistema.

—No se trata de algo tan desastroso, querido. El empleado me guiñó el ojo tan amablemente, en la puerta. Yo sé que a él no le importará que yo vuelva... Pero yo no quiero volver más, nunca más.

—Me gustaría que me hablaras de una vez.

—Aquel muchacho tan simpático lo vio todo.

—¿Qué muchacho?

—El muchacho hambriento. Y cuando iba a salir me siguió hasta el *hall* y dijo con tanta suavidad: «Señora, sólo me queda una ficha de cien, pero puede disponer de ella».

—¿No la tomaste?

—Sí... No pude rehusarla. Era tan amable, y se fue antes de que yo pudiera darle las gracias.

Y cambié la ficha y usé los francos en el automático<sup>1</sup> que hay a la entrada, y siento chillar así, pero no puedo impedírmelo, él estuvo tan

---

<sup>1</sup> En inglés *Slot machine* : máquina de azar en la que echando una moneda se pueden ganar varias. (*N. del T.*)

terriblemente cortés conmigo, y ha de tener un hambre terrible, y tiene un espíritu que está por encima del dinero o no me hubiera prestado cien francos, y cuando gané quinientos lo busqué para darle la mitad y ya no estaba.

—¿Has ganado quinientos? Con eso pagaremos nuestro café con panecillos de mañana.

—¡Querido, qué proceder más mezquino! ¿No ves que ahora, para siempre, él pensará que yo era una de esas viejas harpías como la del Nido de Pájaro?

—Supongo que estaba intentando comprarte.

—¡Qué mal pensado eres! No hacía nada de eso. Tiene demasiada hambre para buscarme.

—Dicen que el hambre aguza las pasiones.

## IX

Nos desayunamos, a pesar de todo, en el hotel, para guardar las apariencias, pero hasta delante del ascensorista nos sentíamos avergonzados. Nunca me han gustado los uniformes... Me recuerdan demasiado que existen los que mandan y los que obedecen... y ahora estaba convencido de que todos los que usaban uniformes sabían que no podíamos pagar la cuenta. Nos quedamos siempre con la llave del cuarto, de manera que no necesitamos nunca ir a recogerla, y como habíamos cambiado al llegar todos nuestros cheques de viajero, tampoco teníamos que acercarnos al cajero. Cary había descubierto, al pie de una de las grandes escalinatas, un pequeño bar llamado el *Taxi Bar*, y ahí tomábamos nuestro almuerzo y nuestra comida invariables. Durante años no pude probar panecillos de nuevo y hasta ahora siempre bebo té en lugar de café. Después de nuestro tercer almuerzo, al salir del bar, nos topamos con el conserje auxiliar del hotel que pasaba por la calle. Nos saludó y siguió su camino, pero yo sentí que nuestra hora había llegado.

Después nos sentamos en los jardines y al sol de la tarde trabajé duro en mi sistema, pues sentía como si estuviera trabajando contra el tiempo. Le dije a Cary:

—Dame mil francos. Tengo que ensayar.

—Pero, querido —dijo—, ¿te das cuenta de que sólo nos quedan cinco mil? Pronto no tendremos ni para comprar panecillos.

—A Dios gracias. No puedo ver un panecillo ni en pintura.

—Entonces cambiémoslos por helados. No son más caros. Y piénsalo: podemos variar nuestra minuta, querido. Helados de café para el almuerzo, helados de fresa para la comida. Querido, qué ganas tengo de comer.

—Si concluyo con mi sistema a tiempo, comeremos como reyes...

Tomé los mil francos y fui a la *cuisine*. Con papel en mano observé cuidadosamente la mesa durante un cuarto de hora antes de jugar y después tranquila y constantemente perdí, pero, cuando no me quedaban ya fichas, mis números empezaron a salir en el orden previsto. Volví adonde estaba Cary. Dije:

—El demonio aquél tenía razón. Es una cuestión de capital.

Ella dijo tristemente:

—Te estás poniendo como los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Piensas, sueñas con números. Te despiertas de noche y dices: Cero. Escribes en papeluchos durante las comidas.

—¿A eso llamas comidas?

—Tengo cuatro mil francos en mi cartera y tienen que durarnos hasta la llegada de «La Gaviota». No vamos a jugar más. No creo en tu sistema. Hace una semana dijiste que no se podía hacer saltar la banca.

—No había estudiado...

—Eso fue lo que dijo aquel demonio... Él había estudiado. Pronto estarás vendiendo tu sistema por un vaso de whisky.

Se puso de pie y se fue caminando al hotel y yo no la seguí. Una mujer tiene que creer en su marido hasta el amargo fin, pensé, y no habíamos estado casados ni una semana ; y después de un rato empecé a comprender su punto de vista. Durante los últimos días yo no había sido un compañero muy ameno, y qué vida era la nuestra... Con temor de mirar al portero en los ojos, desvié mi mirada y naturalmente me topé con él al entrar al hotel. Se interpuso a mi paso y me dijo: «El gerente lo saluda, señor, y desea verlo un momento. En su despacho». Pensé: a ella no la pueden meter presa, sólo a mí, y pensé: el Gom, egoísta, hijo de una tal por cual, encaramado en su octavo piso; a él le debemos todo esto porque es demasiado importante para cumplir con sus promesas. Hace el mundo y el séptimo día se dedica a descansar y poco le preocupa que su creación se derrumbe ese día. ¡Si sólo por un momento hubiera podido depender de mi memoria! Pero era como si yo estuviera condenado a depender de su recuerdo: él jamás dependería del mío.

—Siéntese usted, señor Bertram —dijo el gerente. Empujó una caja de cigarrillos hacia mí —. ¿Fuma?

Tenía la cortesía de los que han ejecutado a mucha gente durante su vida.

—Gracias —dije.

—El tiempo no ha estado tan caluroso como era de esperarse en esta época del año.

—¡Oh!, mejor que en Inglaterra, siempre.

—Espero que esté usted pasándolo bien aquí.

Esto, supuse, era la rutina..., para mostrar que no mediaba ninguna animadversión... Uno tiene que cumplir con su deber, nada más. Yo deseaba que fuera al grano de una vez.

—Muy bien, gracias.

—¿Y su señora? ¿También?

—¡Oh!, sí, sí.

Hubo una pausa y pensé: llegó el momento. Dijo:

—Sea dicho de paso, ¿ésta es su primera visita, señor Bertram?

—Sí.

—Tenemos gran orgullo de nuestra cocina. No creo que se pueda encontrar mejor comida en toda Europa.

—Estoy seguro que así ha de ser.

—No quiero ser indiscreto, señor Bertram, por favor, discúlpeme si lo soy, pero hemos notado que parece que nuestro restaurante no le agrada, y tenemos gran empeño en que usted y su señora se sientan felices aquí, en Montecarlo. ¿Tiene usted alguna queja...? ¿El servicio, el vino?...

—No tengo ninguna queja. Pero ninguna.

—No pensé que podría tenerla, señor Bertram. Tengo gran confianza en nuestro servicio. Llegué a la conclusión... usted perdonará que me entremeta...

—Sí, desde luego.

—Sé que nuestros clientes ingleses a menudo tienen dificultades con el cambio. Un poco de mala suerte en la ruleta puede tan fácilmente desbaratar sus planes en estos tiempos.

—Sí. Supongo que así ha de ser.

—Así que se me ocurrió, señor Bertram, que quizá... cómo decirlo... se encontrará usted un poco... me perdonará, ¿no es cierto?... bueno, escaso de fondos.

Ahora que había llegado el momento tenía la boca seca y no encontraba las palabras francas y atrevidas que me había propuesto usar. Dije: «Bien» y miré con los ojos muy abiertos más allá del escritorio. De la pared colgaba un retrato del príncipe de Mónaco, sobre la mesa había un inmenso y pesado tintero y se podía oír el tren que partía para Italia. Era como mi última mirada de hombre libre.

El gerente dijo:

—Se dará usted cuenta que la Administración de este Casino y de este hotel tiene verdaderos deseos... realmente verdaderos deseos... se dará usted cuenta, señor Bertram, que estamos en una posición muy especial aquí. No somos quizá —se sonrió mirando sus uñas —hoteleros cualesquiera. Tenemos aquí clientes de los que nos hemos ocupado... bueno, treinta años —tardaba increíblemente para pronunciar su sentencia—. Nos complace pensar en ellos más como amigos que como clientes. Aquí, en el Principado, tenemos una gran tradición... de discreción, señor Bertram. No publicamos los nombres de nuestros huéspedes. Somos los depositarios de muchas confidencias.

Yo ya no podía soportar este galimatías. Aquello ya no se parecía a una ejecución sino más bien a la tortura china del agua. Dije:

—Estamos sin un céntimo... ¿Le parece bien la confidencia?

Sonrió de nuevo mirándose las uñas.

—Eso era lo que yo sospechaba, señor Bertram, y espero que usted aceptará un pequeño préstamo. Para un amigo del señor Dreuther. El señor Dreuther es un muy viejo cliente nuestro y estaríamos desolados si un amigo suyo no lo pasara bien en nuestra casa.

Se puso de pie, saludó y me tendió un sobre... Yo me sentía como un niño que recibe, de un obispo, un premio por su buena conducta. Después me acompañó hasta la puerta y dijo en voz baja y confidencial:

—Pruebe nuestro *Chateau Gruaud Larose 1934*. No se arrepentirá.

## X

Abrió el sobre en la cama y contó los billetes. Dijo:

—Nos ha prestado 250.000 francos. —No lo creo.

—¡Lo que es ser amigo del Gom! Desearía tener simpatía por ese hijo de una tal por cual.

—¿Cómo devolveremos ese dinero?

—El Gom tendrá que ayudarnos. Él nos hizo venir aquí.

—Gastaremos lo menos posible, ¿no te parece querido?

—Pero nada de café y panecillos. Esta noche nos daremos un banquete... el banquete de casamiento.

No me importaba un pito del *Gruaud Larose 1934*: alquilé un auto y fuimos a una aldea en la montaña llamada Peille. Todo allí era color roca gris y amarillenta en el sol poniente, cuya luz se derramaba entre las frías espaldas de las colinas, donde las sombras esperaban. Había muías en la calle y el auto era demasiado grande para llegar hasta la posada y en la posada sólo había una larga mesa para cincuenta personas. Nos sentamos solos y miramos el anochecer, y nos dieron vino tinto del país, que no era muy bueno, y unos pichones gordos asados y fruta y queso. Los aldeanos reían bebiendo en el cuarto de al lado, y pronto pudimos apenas ver el lomo de las colinas.

—¿Contenta?

—Sí.

Después de un rato dijo:

—Me gustaría no tener que volver a Montecarlo. ¿No podríamos mandar el auto y quedarnos aquí? No nos importaría pasar la noche sin cepillo de dientes y mañana yo podría salir de compras.

Dijo esto último con una inflexión de voz ascendente, como si estuviéramos en el Ritz y la rue de la Paix quedara a la vuelta.

—Un cepillo de dientes en Cartier —dije.

—Lanvin para dos pijamas... la parte superior solamente.

—Jabón de Guerlain.

—Algunos pañuelos baratos de la rue de Rivoli —dijo—. No creo que necesitémos nada más, ¿y tú? ¿Fuiste alguna vez a un lugar como éste con Dirty?

Dirty era el nombre que siempre le daba a mi primera mujer, que había sido morena y gordita y sexual con ojos de pekinés.

—Nunca.

—Me gusta estar en un sitio que no tenga huellas.

Miré mi reloj. Eran casi las diez y teníamos por delante un viaje de media hora. Dije:

—Supongo que ya es tiempo de regresar.

—No es tarde.

—No, pero esta noche quiero ensayar de veras mi sistema. Si juego con fichas de 200 francos tendré justo bastante capital.

—No vas a ir al Casino.

—Claro que iré.

—Pero eso es robar.

—Claro que no. Él nos dio el dinero para que nos divirtiéramos.

—Entonces la mitad es mío. No vas a jugar con la mitad que me corresponde.

—Querida, sé razonable. Necesito capital. Cuando haya ganado tendrás toda la suma y con intereses. Pagaremos nuestra cuenta y volveremos aquí, si quieres, para el resto de nuestra estadía.

—Nunca ganarás. Mira a los demás.

—No son matemáticos. Yo sí.

Un viejo con barba nos guió hasta nuestro auto a través de las oscuras calles con arcos: ella no quería hablar, ni siquiera tomarme del brazo. Dije:

—Ésta es nuestra noche de festejos, querida. No seas mezquina.

—¿Qué he dicho que sea mezquino?

Cómo nos derrotan con esos silencios: uno no puede repetir un silencio o desmentirlo como una palabra. En el mismo silencio volvimos a casa. Al llegar vimos a Mónaco, la ciudad toda iluminada... el Casino, la Catedral, el Palacio y los fuegos artificiales subían desde la roca. Era el último día de una semana de iluminación: recordé nuestra primera noche y nuestra pelea y los tres balcones. Dije:

—Nunca hemos visto la *Salle Privée*. Tenemos que ir esta noche.

—¿Qué tiene de especial esta noche, querido? —dijo.

—*Le mari doit protection à sa femme, la femme obéissance à son mari.*

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Le dijiste al alcalde que estabas de acuerdo con eso. Hay también otro artículo con el que te mostraste de acuerdo: «La mujer está obligada a vivir con su marido y a seguirlo donde juzgue conveniente residir». Bueno, pues esta noche vamos a residir en la *Salle Privée*, ¿sabes?

—No comprendí lo que estaba diciendo.

Siempre había pasado lo peor cuando ella consentía en discutir.

—Por favor, querida, ven a ver cómo gano con mi sistema.

—Sólo te veré perder —dijo. Y hablaba con estricta precisión.

A las diez y media, exactamente, empecé a jugar y a perder y perdí constantemente. No podía cambiar de mesa porque en la *Salle Privée* era la única mesa en que se podía jugar con un mínimo de 200 francos. Cary quería que yo suspendiera mi juego cuando hube perdido la mitad del préstamo del gerente, pero yo creía aún que el momento llegaría, que

cambiaría la suerte y mis números saldrían.

—Pero ¿cuánto te queda? —dijo.

—Esto.

Le mostré las cinco fichas de doscientos francos. Se puso de pie y me dejó solo: creo que estaba llorando, pero yo no la podía seguir sin perder mi sitio en la mesa.

Y cuando volví a nuestro cuarto en el hotel yo también lloraba. Hay circunstancias en que un hombre puede llorar sin avergonzarse. Ella estaba despierta: me di cuenta, por la manera en que se había arreglado, hasta qué punto me esperaba con frialdad. Nunca usaba la parte baja del pijama sino para demostrar enojo o indiferencia, pero cuando me vio sentado allí, a los pies de la cama, temblando por el esfuerzo de retener mis lágrimas, su cólera desapareció. Dijo:

—Querido, no tornes así las cosas. Ya nos arreglaremos.

Salió de la cama y me echó los brazos al cuello.

—Querido —dijo—. He sido mezquina contigo. Esto le puede suceder a cualquiera. Mira, probaremos los helados. Nada de café y panecillos, y estoy segura de que llegará «La Gaviota». Tarde o temprano.

—Ahora no me importa que no venga nunca —dije.

—No te amargues, querido. A todo el mundo le pasa eso de perder.

—Pero no he perdido —dijo—. He ganado.

Retiró sus brazos:

—¿Ganado?

—He ganado cinco millones de francos.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

—Me estoy riendo. «Somos ricos.»

—¡Ah!, qué bestia eres —dijo— ¡y yo que te compadecía! —y volvió a meterse entre las sábanas.

## ***SEGUNDA PARTE***

Uno se adapta más fácilmente al dinero que a la pobreza: Rousseau hubiera podido escribir que el hombre había nacido rico y que en todas partes se había empobrecido. Me dio gran satisfacción pagarle mi deuda al gerente y dejar mi llave en la portería. Frecuentemente tocaba el timbre por el placer de enfrentarme sin vergüenza con un uniforme. Le hice hacer a Cary un tratamiento de Elizabeth Arden y pedí el *Gruaud Larose 1934* (y hasta lo devolví porque no estaba a la temperatura que correspondía). Me mudé a un departamento y alquilé un auto para que nos llevara a la playa. En la playa alquilé uno de los bungalow privados donde podía uno darse baños de sol, separado de los ojos de la gente por plantas y cercos vivos. Allí trabajaba al sol todo el día (porque no estaba aún seguro de mi sistema) mientras Cary leía (hasta le compré un libro nuevo).

Descubrí que, como en la Bolsa, el dinero engendra dinero. Ahora jugaba con fichas de diez mil francos y no con las de doscientos, e inevitablemente al final del día había acrecentado mi fortuna en varios millones. Mi suerte empezó a conocerse: jugadores accidentales apostaban a mis docenas cuando yo había jugado fuerte, pero no se habían protegido, como lo hacía yo, con otras apuestas, y rara vez ganaban. Pude observar un aspecto extraño de la naturaleza humana, pues a pesar de que mi sistema daba resultados y el de ellos no, los veteranos nunca perdían fe en sus cálculos... Ni uno sólo abandonó sus complicadas martingalas que no llevaban sino a perder.

Al segundo día, cuando mis cinco millones se habían convertido en nueve, le oí decir a una señora vieja, con amargura: «Qué mala suerte», como si mi éxito impidiera que la rueda obedeciera a su sistema.

Al tercer día empecé a quedarme más horas en el Casino. Pasaba tres horas por la mañana en la *cuisine* y otras tantas por la tarde y, desde luego, por la noche me dedicaba a trabajar seriamente en la *Salle Privée*. Cary me había acompañado el segundo día y yo le había dado unos cuantos miles de francos para jugar (invariablemente los perdía), pero el tercer día me pareció mejor pedirle que no viniera. Me parecía que su presencia y ansiedad junto a mí me distraían, y dos veces calculé mal porque ella me habló.

—Te quiero mucho, querida —le dije —, pero el trabajo es el trabajo. Anda y date baños de sol. Nos veremos a las horas de la comida.

—¿Por qué llaman a eso un juego de azar? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No es un juego —dijo —. Lo has dicho tú mismo: es un trabajo. Ya estás en la rutina. El desayuno a las nueve en punto, de manera de poder alcanzar la primera mesa. ¡Qué cantidad de precioso dinero estás ganando! ¿A qué edad piensas jubilarte?

—¿Jubilarme?

—La jubilación no debe atemorizarte, querido. Nos veremos mucho

más a menudo y podríamos instalar una ruletita en tu escritorio. Te vendrá tan bien no tener que cruzar la calle con buen o mal tiempo.

Aquella noche, antes de la comida, mis ganancias llegaron hasta quince millones y me pareció que era necesario festejar el acontecimiento. Había descuidado a Cary un poco... lo comprendía, así que pensé ofrecernos una buena comida y después ir al ballet en vez de volver yo a la ruleta. Se lo dije y pareció contenta.

—El hombre de negocios quiere distraerse —dijo.

—Efectivamente, estoy un poco cansado.

Los que no han jugado a la ruleta en serio poco saben lo cansado que puede ser. Si no hubiera trabajado tan duro a la tarde no me habría enojado con el mozo del bar. Le había pedido dos Martinis muy secos y los trajo inundados de vermut... con sólo ver el color, antes de probarlos, lo descubrí. Para empeorar las cosas trató de explicar el color diciendo que había usado el gin de Booth. «Pero usted sabe perfectamente que yo no tomo más que Gordon», dije y devolví las bebidas. Trajo dos más y les había echado cáscara de limón. Dije:

—Por Dios, hombre, ¿cuánto tiempo tiene uno que ser cliente de este bar antes de que le conozcan los gustos?

—Lo siento, señor. Empecé a trabajar ayer.

Vi que los labios de Cary se apretaban. Yo no tenía razón, desde luego, pero había pasado el día en el Casino y ella hubiese podido muy bien darse cuenta de que yo no soy de la clase de hombre que habla de mal modo a los sirvientes. Dijo:

—Quién pensaría que hace una semana no nos atrevíamos a hablarle a un mozo, de miedo que nos presentara la cuenta.

Cuando fuimos a comer hubo algunas dificultades para encontrar mesa en la terraza: llegamos más temprano de lo habitual, pero le dije a Cary que éramos buenos clientes y que bien hubieran podido tomarse un poco más de trabajo para complacernos. Pero, de cualquier manera, esta vez me cuidé de no dejar que se viera del todo mi irritación. Estaba resuelto a que nuestra comida fuera digna de recordarse.

Generalmente, a Cary le gusta que uno decida por ella, así que tomé la minuta y empecé a hacer el pedido:

—Caviar —dije.

—Para uno —dijo Cary.

—¿Qué quieres comer? ¿Salmón ahumado?

—Pide para ti —dijo Cary.

Pedí *Bresse à l'estragon a la broche*, un poco de roquefort y fresas. Éste, pensé, era un momento también para el *Gruaud Larose 1934* (ya habrían aprendido a qué temperatura tenía que servirse). Me recosté en la silla, sintiéndome complacido y satisfecho: había olvidado por completo mi pelea con el mozo, y sabía que me había portado cortésmente y con moderación cuando encontramos que nuestra mesa estaba ocupada.

—¿Y la señora? —preguntó el mozo.

—Un panecillo, manteca y una taza de café —dijo Cary.

—Pero la señora quizá quiera...

—Nada más que un panecillo y manteca, por favor. No tengo hambre. Es sólo para acompañar al señor.

Dije, enojado:

—En ese caso daré contraorden...—pero el camarero ya se había ido —. Cómo te atreves —dije.

—¿Qué pasa, querido?

—Sabes muy bien lo que pasa. Me dejas pedir y...

—Pero si no tengo hambre, querido. De veras. Sólo quería ser sentimental, nada más. Un panecillo y manteca me recuerdan los días en que no éramos ricos. ¿Te acuerdas de aquel cafetuchito al pie de la escalinata?

—Te estás riendo de mí.

—Pero no, querido. ¿No te gusta nada pensar en aquellos días?

—Aquellos días, aquellos días... por qué no hablas de la semana pasada y del miedo que tenías de mandar ropa a lavar y de que no teníamos con qué comprar los diarios ingleses y no entendíamos los franceses... y...

—¿No te acuerdas de lo derrochador que eras cuando le diste cinco francos a un mendigo? ¡Oh!, eso me hace acordar...

—¿Qué?

—Nunca veo al muchacho hambriento ahora.

—Supongo que no se dedica a tomar baños de sol.

Llegó mi caviar y mi vodka. El mozo dijo:

—¿Quiere la señora que le traiga su café ahora?

—No. No. Creo que prefiero tomarlo cuando el señor tome su...

—*Bresse à l'estragon, madame.*

Nunca he comido caviar con menos ganas. Ella miraba cada bocado, inclinada hacia mí, apoyado el mentón en la mano en una actitud que supongo creería que era la de la devoción conyugal. La tostada crujía en el silencio, pero yo estaba decidido a no dejarme vencer. Comí con inflexible determinación el otro plato y simulé no percatarme de lo despacio que comía su panecillo... Ella tampoco debía de estar muy complacida con la comida. Le dijo al mozo:

—Tomaré otra taza de café para acompañar al señor mientras come sus fresas. ¿No tienes ganas de una media botella de champaña, querido?

—No. Si bebo más podría perder mi sangre fría...

—Querido, ¿qué he dicho? ¿No te gusta que me acuerde de los días en que éramos pobres y felices? Después de todo, si me hubiese casado ahora contigo, habría podido ser por tu dinero.

Qué terriblemente simpático estuviste cuando me diste aquellos quinientos francos para que yo los jugara. Mirabas la rueda tan seriamente.

—¿Y no estoy serio ahora?

—No miras ya la rueda. Miras tus apuntes y tus números. Querido, estamos de vacaciones.

—Lo hubiéramos estado, si Dreuther hubiera aparecido.

—Ahora podemos ir donde se nos antoje. Tomamos un avión mañana y vamos a cualquier parte.

—Mañana no. Comprendes, según mis cálculos, el ciclo de las pérdidas comienza mañana. Desde luego sólo jugaré con fichas de mil francos, para reducir los riesgos.

—¿Y pasado mañana?

—Ése es el día en que tengo que ganar lo perdido con apuestas dobles. Si has terminado tu café es hora de ir al ballet.

—Me duele la cabeza. No quiero ir.

—Claro que te duele la cabeza. Si no has comido nada.

—Durante tres días no comí más que panecillos y nunca me dolió la cabeza —se levantó de la mesa y dijo lentamente —: Pero en aquellos días yo estaba enamorada.

No quise pelearme y fui solo al ballet.

No puedo recordar qué ballet era... ni esa misma noche creo que lo hubiera recordado. Estaba preocupado. Y tenía que perder al día siguiente si es que tenía que ganar al otro día ; de otra manera mi sistema fallaría. Mi magnífico éxito resultaría efecto de la suerte, únicamente... la clase de suerte que presumiblemente por las leyes del azar se produce una vez en muchos siglos, así como esos longevos y laboriosos monos que escriben a máquina y producen eventualmente, en el curso de los siglos, la obra de Shakespeare. La bailarina era menos una mujer, para mí, que una bola dando vueltas en la rueda: cuando terminó sus evoluciones finales y vino sola ante el telón, era como si triunfalmente hubiese caído en él cero y todas las fichas a su alrededor fueran barridas por la banca... las de dos mil francos de los asientos baratos junto con las cuadradas de la platea, todas mezcladas. Di una vuelta por la terraza para refrescarme la cabeza: allí había estado la primera noche buscando «La Gaviota» en la bahía. Deseé que Cary estuviera conmigo y casi regresé en seguida al hotel para darle todo lo que pedía. Ella estaba en lo cierto: sistema o suerte, ¿qué importaba? Podríamos alcanzar un avión, prolongar nuestras vacaciones: tenía ahora cómo hacerme socio en algún modesto y seguro negocio, sin paredes de vidrio, esculturas modernas y un Gom en el octavo piso y, sin embargo... era como dejar, sin tocarla ni probarla, a la mujer que uno quiere... irse y nunca más saber la verdad de cómo la bola había llegado a caer en ese orden particular... la poesía del azar absoluto o la determinación de un sistema cerrado. Yo quedaría agradecido por la poesía, pero qué orgullo sentiría si llegara a comprobar el determinismo.

El regimiento estaba reunido: al pasear junto a las mesas me sentí como un alto jefe que inspecciona una unidad. Me hubiera gustado reprocharle a la vieja señora el usar su sombrero muy torcido, adornado con margaritas artificiales, y hubiera regañado ásperamente al señor Bowles por no tener su aparato para sordos bien limpio. Un empujoncito en mi codo... y le di una ficha de doscientos francos a la señora pedigüña: «Más destreza—hubiera querido decirle—, el brazo ha de extenderse completamente, no debe quedar doblado en el codo y es hora de que se arregle ese pelo». Me miraron pasar con expresión de inquieto pesar, esperando que yo eligiera mi mesa, y, cuando me detuve, alguien se puso de pie y me ofreció su asiento. Pero yo no había venido a ganar... Había venido simbólicamente a perder y en seguida a irme. Así que cortésmente rehusé el ofrecimiento, coloqué mis fichas en su orden y, con una sensación de triunfo, vi que me las barrían. Después volví al hotel.

Cary no estaba y me sentí decepcionado. Le quería explicar la importancia de esta pérdida simbólica, y en vez de eso sólo pude desvestirme y meterme entre las aburridas sábanas. Dormí a ratos, estaba acostumbrado a la compañía de Cary, y encendí la luz a la una para ver la hora, y estaba aún solo. A las dos y media me despertó Cary al acercarse a tuestas a su cama.

—¿Dónde has estado?—le pregunté.

—Caminando —dijo.

—¿Sola?

—No.

El espacio que separaba las dos camas se llenó de hostilidad, pero me guardé bien de asestar el primer golpe... ella estaba esperando esa ventaja. Fingí darme vuelta y acomodarme para dormir. Después de un largo rato, dijo:

—Fuimos hasta el *Sea Club*.

—Está cerrado.

—Encontramos la manera de entrar. Todo parecía muy grande e imponente en la oscuridad, con las sillas puestas unas sobre otras.

—Toda una aventura. ¿Cómo hicieron con la luz?

—¡Oh!, había la de la luna, muy brillante. Philippe me contó toda su vida.

—Espero que se agenciaría alguna silla. —Nos sentamos en el suelo.

—Si era una vida locamente interesante, cuéntamela. De otra manera ya es tarde y tengo que estar...

—Mañana temprano en el Casino. No. No creo que te parecería una vida interesante. Era tan simple, muy idílica. Y la contaba con mucha intensidad. Fue al colegio, a un *Lycée*.

—La mayoría lo hace en Francia.

—Sus padres murieron y vivió con su abuela.

—¿Y qué le pasó al abuelo?

—Él también había muerto.

—La mortalidad senil es muy elevada en Francia.

—Hizo durante dos años el servicio militar.

Dije:

—Por lo visto, se trata de una vida que llama la atención por su originalidad.

—Puedes mofarte a tus anchas —dijo.

—Pero, querida, no he dicho nada.

—Naturalmente, no podía interesarte. Nunca te interesas en alguien diferente de ti, y él es joven y pobre. Vive de café y panecillos.

—Pobre desgraciado —dije con genuina simpatía.

—Estás tan poco interesado que ni siquiera preguntas su nombre.

—Dijiste que se llamaba Philippe.

—Philippe ¿qué?—dijo, triunfalmente.

—Dupont —dije.

—Nada de eso. Chantier.

—¡Ah! se me confundieron los dos nombres.

—¿Quién es Dupont?

—Quizá se parezcan.

—Redicho, ¿quién es Dupont?

—No tengo idea —dije—. Pero ya es tardísimo.

—Eres imposible. —Le dio un golpe a la almohada como si hubiera sido mi cara. Hubo una pausa de varios minutos y dijo con amargura: —Ni siquiera me has preguntado si me acosté con él.

—Lo siento. ¿Te acostaste?

—No. Pero me pidió que pasara la noche con él.

—¿En las sillas apiladas?

—Mañana como con él.

Estaba empezando yo a caer en el estado de ánimo que ella quería. No pude contenerme más tiempo. Dije:

—¿Quién demonios es este Philippe Chantier?

—El muchacho hambriento, naturalmente.

—¿Comeréis panecillos y café?

—Yo pagaré la comida. Él es muy orgulloso, pero yo insistí. Él me va a llevar a un lugar muy barato y tranquilo y sencillo... un lugar donde van los estudiantes.

—¡Mira qué casualidad! —dije—. Yo también tengo que comer con alguien. Una persona que conocí esta noche en el Casino.

—¿Quién?

—Una señora de Dupont. —No existe tal nombre.

—No podría decirte el verdadero. Tengo que cuidar el honor de una mujer.

—¿Quién es?

—Estaba ganando mucho dinero esta noche en el bacarrá y nos pusimos a conversar. Su marido ha muerto hace poco, ella lo quería mucho, y ahora está algo así como ahogando su pena. Supongo que pronto encontrará quien la consuele, porque es joven y linda e inteligente y rica.

—¿Dónde vais a comer?

—Bueno, yo no la quería traer aquí... podrían desatarse las lenguas. Y a ella la conocen demasiado bien en la *Salle Privée*. Ella me sugirió que fuéramos hasta Cannes donde nadie nos conocería.

—Bueno, y no te des prisa en volver. Yo llegaré tarde.

—Justo lo que yo te estaba por decir, querida.

Así estábamos pasando la noche. Mientras estaba acostado y desvelado, sabiendo que ella también estaba desvelada a unos centímetros de mi cama, pensé: Todo esto es culpa de Gom ; ahora hasta nos arruina nuestro casamiento. Dije:

—Querida, si renuncias a tu comida, yo renunciaré a la mía.

Dijo:

—Ni siquiera creo en la tuya. La has inventado.

—Te juro, mi palabra de honor, que comeré con una mujer mañana.

Dijo:

—No puedo plantar a Philippe.

Pensé sombríamente: ahora no me queda más remedio que hacerlo, y ¿dónde diablos voy a encontrar a una mujer?

## II

Estuvimos muy corteses el uno con el otro durante el almuerzo. Hasta vino Cary al Casino conmigo temprano a la tarde, pero creo que su único motivo era descubrir a la mujer que le mencioné. Por casualidad, una joven de gran belleza estaba jugando en una de las mesas, y Cary obviamente sacó la conclusión falsa que yo esperaba. Trató de ver si cambiábamos miradas y al fin no pudo contener su curiosidad. Me dijo:

—¿No le vas a hablar?

—¿A quién?

—A esa muchacha.

—No te entiendo —dije, y traté de dar una inflexión a mi voz que delatara mi preocupación por el honor de alguien. Cary dijo con furia:

—Tengo que irme. No puedo tener a Philippe esperando. Es tan sensible...

Mi sistema marchaba: estaba perdiendo exactamente lo que había previsto que iba a perder, pero ya no sentía alborozo por el éxito de mis cálculos. Pensé: ¿y si esto no fuera lo que llaman una pelea de enamorados? ¿Y si ella se interesara realmente por aquel hombre? ¿Y si fuera el fin? ¿Qué hago? ¿Qué es lo que me queda? Quince mil libras parecía una contestación inadecuada.

Yo no era el único que estaba perdiendo con regularidad. El señor Bowles, sentado en su silla de ruedas, dirigía a su enfermera que colocaba las fichas sobre el paño, inclinándose sobre sus hombros. Él también tenía un sistema, pero sospecho que su sistema no marchaba. Dos veces la mandó a la caja a buscar más dinero, y la segunda vez vi que su cartera no contenía sino unos cuantos billetes de mil francos. Bruscamente le hizo las indicaciones necesarias y ella puso las fichas que quedaban —unos ciento cincuenta mil francos —, la bola giró y él perdió la postura. Alejándose de la mesa en su silla, me vio y dijo:

—Usted... ¿cómo dijo que se llama?

—Bertram.

—Traje poco dinero. No quiero volver al hotel. Présteme cinco millones.

—Lo siento —dije.

—Usted sabe quién soy. Sabe lo que valgo.

—El hotel... —empecé.

—No me pueden dar esa suma hasta que abran los Bancos. La quiero esta noche. Usted ha estado ganando mucho. Lo he observado. Le pagaré la deuda antes de que termine la noche.

—La gente suele perder.

—No puedo oír lo que dice —dijo, moviendo su aparato.

—Lo siento, señor Otro —dije.

—Mi nombre no es Otro. Usted me conoce. Soy E. L. Bowles.

—Nosotros le llamamos E. L. Otro en la oficina. ¿Por qué no va al Banco aquí y cobra un cheque? Hay siempre alguien que atiende a los clientes.

—No tengo depósito en Francia, joven. ¿No ha oído hablar del control de cambio?

—No parecen estar molestándonos mucho a todos nosotros —dije.

—Mejor es que venga a tomar una taza de café y discutiremos el asunto.

—Estoy ocupado ahora.

—Joven —dijo Otro —, soy su patrón.

—No le reconozco a nadie ese título sino al Gom.

—¿Quién caray es el Gom?

—El señor Dreuther.

—El Gom. E. L. Otro. Parece que hay una singular falta de respeto por los directores de nuestra compañía. Y Sir Walter Blixon... ¿también tiene sobrenombre?

—Tengo entendido que el personal más joven lo llama *Blister*<sup>1</sup>.

Una fina sonrisa brilló un instante en el rostro ceniciento.

—Por lo menos, ese sobrenombre es expresivo —observó Otro —. *Nurse*, puede irse a dar una vuelta media hora. Puede ir hasta la bahía. Siempre me dijo que le gustaban los barcos.

Cuando empecé a empujar la silla de Bowles hacia el bar, un ligero sudor se había formado en mi frente y mis manos. Una idea tan fantástica se me había cruzado por la mente que hasta el recuerdo de Cary y su hambriento caballero se desvaneció. Casi ni podía esperar a que llegáramos al bar. Dije:

—Tengo quince millones en mi caja de hierro del hotel. Se bs puedo dar esta noche a cambio de sus acciones.

—No sea insensato. Valen veinte millones a la par y Dreuther o Blixon me darían cincuenta millones por ellas. Un vaso de agua Perrier, por favor.

Le traje un vaso de agua. Dijo:

—Ahora vaya a buscarme esos cinco millones.

—No.

—Joven —dijo —, tengo un sistema infalible. Me he prometido a mí mismo, desde hace veinte años, hacer saltar la banca. No me detendrán unos miserables millones. Vaya y tráigalos. Si no lo hace, lo haré dejar cesante.

—¿Cree usted que semejante amenaza significa algo para un hombre con quince millones en una caja de hierro? Y mañana tendré veinte.

—Ha estado perdiendo toda la noche. Yo lo he estado mirando.

---

<sup>1</sup> Vejiga. (*N. del T.*)

—Yo sabía que iba a perder. Eso prueba que mi sistema marchaba bien.

—No puede haber dos sistemas infalibles.

—El suyo, me temo, probará a las claras que es de lo más falible.

—Dígame cómo es el suyo.

—No. Pero le mostraré por dónde peca el suyo.

—Mi sistema es mío.

—¿Cuánto ha ganado con él?

—Todavía no he empezado a ganar. Estoy en la primera etapa. Esta noche empiezo a ganar. Váyase al demonio, joven, búsqieme esos cinco millones.

—Con mi sistema he ganado más de quince millones.

Yo tenía la falsa impresión de que Otro era un hombre tranquilo. Es fácil parecer tranquilo cuando nuestros movimientos están muy reducidos. Pero sus dedos, cuando se movieron una pulgada sobre sus rodillas, demostraron una emoción incontenible; su cabeza osciló y el cordón del aparato que llevaba en la oreja se agitó. Era como el pequeño movimiento que el aire imprime a una persiana y que sin embargo es la señal de que se aproxima un ciclón. Dijo:

—¿Y si hubiéramos descubierto el mismo sistema?

—No lo hemos descubierto. Yo lo he estado observando. Y conozco el suyo. Se puede comprar en una papelería por mil francos.

—Eso es falso. Lo pensé yo mismo, durante años, joven, en esta silla. Veinte años, veinte.

—No son sólo los grandes espíritus los que piensan igual. Pero nunca se hará saltar la banca con un sistema comprado por el precio de mil francos y marcado sobre el sobre: Infalible.

—Le probaré que se equivoca. Le haré comer ese fajo. Tráigame los cinco millones.

—Ya le he dicho mis condiciones.

Hacia delante, hacia atrás, hacia los lados se movían las manos confinadas por la enfermedad a un espacio reducido. Corrían como ratones en una jaula... Las podía imaginar tratando de roer los intolerables barrotes.

—Usted no sabe lo que está diciendo. ¿No se da cuenta que tendría el control de la compañía si apoyara a Blixon?

—Por lo menos sabría algo de la compañía que estaría bajo mi control.

—Oiga. Si usted me presta los cinco millones esta noche, le pagaré mañana por la mañana y le daré la mitad de mis ganancias.

—No habrá ganancias con su sistema.

—Usted parece muy seguro del suyo.

—Sí.

—Podría considerar la posibilidad de vender mis acciones por veinte millones, más su sistema.

—No tengo veinte millones.

—Oiga. Si usted está tan seguro de sí, puede tomar ahora una opción a las acciones por valor de quince millones. Usted pagará el saldo dentro de veinticuatro horas: a las nueve de mañana noche... o usted pierde sus quince millones. Además me da su sistema.

—Es una propuesta de loco.

—Éste es un sitio de locos.

—Si no gano los cinco millones mañana, no tendré ni una sola acción.

—Ni una sola acción. —Sus dedos se habían inmovilizado.

Me reí.

—¿No se le ocurre a usted que me bastaría llamar por teléfono a la oficina mañana y Blixon me adelantaría el dinero para la opción? Él quiere las acciones.

—Mañana es domingo y el acuerdo ha de pagarse en efectivo.

—No le doy mi sistema hasta el pago final

—dije.

—No lo necesitaré si usted pierde.

—Pero necesito dinero para jugar.

Reflexionó sobre el asunto cuidadosamente. Dijo:

—No se puede jugar con un sistema con sólo unos pocos miles de francos.

—Usted puede pagarme diez millones ahora —dijo—, a cuenta de los quince. Si pierde me debe cinco millones.

—¿Cómo los conseguiría?

Hizo una mueca maligna.

—Los haría retener de su sueldo: quinientos mil por año, a diez años.

Yo creo que lo pensaba de veras. En el mundo de los Dreuther y de los Blixon, él y su pequeña tenencia de acciones habían sobrevivido gracias a su dureza, a su mezquindad y a su implacabilidad de carácter,

—Tendré que ganar diez millones con cinco millones.

—Usted dijo que tenía un sistema perfecto.

—Creía que lo tenía.

El viejo se sentía derrotado por su propio juego. Dijo, mofándose:

—Mejor es que me preste los cinco millones y se olvide de la opción.

Pensé en el Gom, en pleno mar, en su yate, con sus ilustres huéspedes y nosotros dos olvidados... ¿Qué le importaba de su contador auxiliar? Recordé la forma en que se había vuelto hacia miss Bullen y le había dicho: «Arregle usted las cosas para que el señor Bertrand (no podía tomarse el trabajo de recordar mi nombre exacto) pueda casarse».

¿Arreglaría también, por vía de miss Bullen, el nacimiento de nuestros hijos y el fallecimiento de nuestros padres? Pensé: con estas acciones, ayudado por Blixon lo podré reventar... ya no tendrá poder, yo lo utilizaré hasta que me dé la gana hacerle sentir el aguijón ; después ya no habrá cuarto en el octavo piso, ni yate, ni *luxe, calme et volupté*. Me había engañado con su cultura y su cortesía y su bondad engañosa hasta que yo había casi creído que era aquel gran hombre que él mismo se imaginaba ser. Ahora, pensé con una tristeza que no llegaba a explicarme, será lo bastante pequeño como para estar en mis manos, y me miré con disgusto los dedos manchados de tinta.

—Ve usted —dijo Otro —, usted ya no cree.

—Sí, creo —dije—. Acepto su apuesta. Estaba pensando en otra cosa: eso es todo.

### III

Fui a buscar el dinero y en seguida redactamos la opción en una hoja de papel y la *nurse* —que había vuelto —y el *barman* fueron testigos. La opción expiraba a las 9 p.m. del día siguiente en el mismo lugar: el Otro no quería que interrumpieran su juego antes de la hora de comer, ya fuese con buenas o malas noticias. Entonces hice que me pagara un vaso de whisky, a pesar de que a Moisés le dio menos trabajo extraer agua de la roca del Sinaí, y miré cómo lo llevaban de nuevo a la *Salle Privée*. Durante las próximas veinticuatro horas, prácticamente yo era el dueño de Sitra. Ni Dreuther, ni Blixon en su interminable guerrear, podían ya dar un paso sin el consentimiento de su contador auxiliar. Era extraño pensar que ninguno de los dos estaba enterado de cómo el control de su negocio había pasado de un amigo de Dreuther a un enemigo de Dreuther. Blixon estaría en Hampshire ensayando la lectura que haría en la iglesia al día siguiente y perfeccionando su pronunciación de los nombres del libro de los Jueces... No se sentiría regocijado. Y Dreuther... Dreuther estaba navegando, fuera de alcance, jugando al bridge, probablemente, con sus ilustres huéspedes. No tendría ninguna sensación de inseguridad. Pedí otro whisky. Ya no dudaba de mi sistema y no tenía ningún pesar. Blixon sabría las cosas primero: yo telefonaría a la oficina el lunes por la mañana. Informarlo del asunto por medio de mi jefe Arnold, sería una muestra de tacto de mi parte. No tenía que haber ningún *rapprochement* entre Dreuther y Blixon para hacer frente al intruso: yo quería que Arnold le explicara a Blixon que por el momento podía contar conmigo. Dreuther ni siquiera se enteraría de la cosa, a menos que llamara a su oficina desde algún puerto. Y yo podía evitar hasta esto. Podía decirle a Arnold que el secreto tenía que mantenerse hasta el regreso de Dreuther, porque así tendría yo el placer de poder darle en persona la noticia.

Fui a contarle las cosas a Cary, olvidando nuestros compromisos: quería ver su cara cuando le anunciara que era la mujer de un hombre que controlaba una Compañía. Has odiado mi sistema, quería decirle, y las horas que he pasado en el Casino, pero había una razón insólita..., no era cuestión de dinero, y me olvidé completamente que hasta esa noche no tenía otro motivo que el dinero. Empecé a creer que yo había planeado esto desde los primeros doscientos francos que jugué en la *cuisine*.

Pero naturalmente había que encontrar a Cary... «La señora salió con un señor», dijo el portero inútilmente, y yo recordé la cita en el modesto café para estudiantes. Bueno, pues hubo una época en mi vida en que nada me costaba encontrar a una mujer, y volví al Casino para cumplir con mi palabra. Pero la hermosa joven estaba ahora con un hombre: los dedos de ambos se enredaban sobre las fichas que jugaban en sociedad, y pronto me di cuenta de que las mujeres solas que venían a jugar en el Casino eran rara vez hermosas o rara vez se interesaban por los hombres. La bola y no la cama era el punto de enfoque. Pensé en las preguntas de Cary y en mis propias mentiras... y no había una mentira

que ella, no descubriera.

Observé a «Nido de Pájaro» que circulaba entre las mesas y pegaba un sablazo aquí y allí, cuando el *croupier* no la veía. Tenía una técnica magistral: si una pila era suficientemente grande, ponía un dedo encima de una ficha y lanzaba una mirada tierna al poseedor como diciendo: «Usted es tan generoso y yo estaré eternamente a su disposición». Estaba tan segura del éxito de su ruego que nadie tenía el valor de demostrarle su error. Aquella noche tenía puestos sus pendientes de ámbar y un traje de noche violeta que dejaba al descubierto lo mejor de su persona: sus hombros. Sus hombros eran magníficos, anchos y animales, pero, como un faro giratorio, su cara inevitablemente se volvía hacia uno, el pelo postizo desordenado y rubio se enredaba en sus aros (estoy seguro que ella pensaba que esas mechas eran rulos irresistibles) y aquella sonrisa fija era la de un fósil. Mirándola girar empecé a girar yo también: me había arrastrado en su órbita y me di cuenta de que ésta era mi única posibilidad. Tenía que comer con una mujer y en el Casino entero ésta era la única mujer que aceptaría comer conmigo. En el momento en que se desviaba para darle paso a un sirviente con un revuelo de pliegues de su traje y un tintineo de su bolsita, donde había guardado, supongo, las fichas de cien francos, le toqué la mano. «Distinguida señora» dije... la frase me sorprendió: era como si me la hubieran colocado en la lengua, y de veras parecía pertenecer al mismo período que el traje de tarde lila y los magníficos hombros. «Distinguida señora» repetí con creciente sorpresa (esperaba casi que un bigotito blanco me creciera sobre el labio superior) «usted disculpará a un extraño...».

Creo que debía de vivir con un temor constante de la servidumbre, porque, al verme, instintivamente su mirada de soslayo se expandió con alivio, en algo así como un verdadero rayo de luz ; relampagueó por toda su cara.

—¡Oh!, no es un extraño —dijo, y sentí alivio al descubrir que era inglesa y que por lo menos no tendría que hablar en mal francés toda la noche —. He estado siguiendo con tanta admiración su gran suerte... (en verdad había aprovechado de ella en varias ocasiones).

—Yo me estaba preguntando, distinguida señora —la frase extraordinaria volvió a deslizarse —, si usted me haría el honor de comer conmigo. No tengo a nadie con quien celebrar mi suerte.

—Pero, desde luego, coronel, será un gran placer.

En aquel instante me llevé la mano a la boca para ver si el bigotito estaba allí. Parecía como si los dos hubiéramos aprendido nuestros papeles en una pieza... y empecé a temer el fin del tercer acto. Noté que ella se estaba dirigiendo hacia el restaurant de la *Salle Privée*, pero todo mi esnobismo se rebeló ante la idea de comer allí con un personaje tan notorio por su comicidad. Dije:

—Pienso que quizá... si pudiéramos tomar un poco de aire..., hace una noche tan linda, el calor de estas salas... algún lugar exclusivo...

Hubiera sugerido un *cabinet particulier* si no hubiera temido que mis

intenciones fueran a la vez mal interpretadas y bienvenidas.

—Nada podría serme más grato, coronel.

Salió afuera con un revuelo (no hay otra palabra para ello) del vestido y yo recé para que Cary y su caballero estuvieran comiendo a salvo en algún cafetín. Me hubiera resultado intolerable que me viese en ese momento. La mujer destilaba irrealidad. Yo estaba persuadido ahora de que al bigotito blanco se había agregado una chistera y una capa forrada de rojo.

Dije:

—Un coche de caballo, no le parece, en una noche tan embalsamada...

—¿Embalsamada, coronel?

Cuando estuvimos sentados en el coche le pedí ayuda.

—Soy realmente un extraño aquí. ¡He comido fuera tan pocas veces! ¿Dónde podemos ir para estar tranquilos... y que al mismo tiempo sea un lugar exclusivo?

Estaba resuelto a que el lugar fuera especial: si de él podía excluirse a todo el mundo, excepto a nosotros dos, yo respiraría con menos dificultad.

—Hay un pequeño restaurante... en realidad un club, pero muy *comme il faut*. Se llama *Orphée*. Un poco caro, lo temo, coronel.

—El gasto poco importa.

Le dije el nombre al cochero y me recosté. Como ella estaba sentada muy tiesa yo podía ocultarme detrás de su bulto. Dije:

—¿Cuándo estuvo por última vez en Cheltenham?

El diablo nos rondaba aquella noche. Cualquier cosa que yo dijera estaba ya escrita en mi papel. Ella contestó en seguida:

—Querido Cheltenham... Cómo descubrió usted...

—Usted sabe... una mujer buena moza siempre llama la atención.

—¿Usted vive allí también?

—En una de las casitas de Queen's Parade.

—Hemos de ser vecinos —y para dar más énfasis a nuestra vecindad pude sentir que se me aproximaba ligeramente un macizo flanco lila; me alegré de que se parara el coche: estaríamos solamente a unas doscientas yardas del Casino.

—Un poco intelectualoide, ¿eh? —dije, mirando fijamente, como suponía que lo haría un coronel, a la máscara iluminada, hecha de una enorme papa ahuecada, que estaba sobre la puerta. Tuvimos que abrirnos camino entre jirones de algodón destinados, me imagino, a representar telas de araña. El cuartito en que entramos estaba adornado con fotografías de autores, actores y estrellas de cine, y tuvimos que firmar en un álbum, convirtiéndonos así en socios vitalicios del club. Yo firmé Robert Devereux. La podía sentir inclinada sobre mi hombro y echando una mirada de soslayo a mi firma.

El restaurante estaba repleto de gente y llamativamente iluminado con lámparas sin pantalla. Había muchos espejos que debieron comprar en el remate de algún viejo restaurante, porque anunciaban antiguas especialidades, como «Mutton Chopps».

Ella dijo:

—Cocteau estaba en la inauguración.

—¿Quién es?

—¡Oh!, coronel —dijo —, usted se está burlando de mí.

Dije:

—Bueno, usted comprenderá, dado mi género de vida, a uno le queda poco tiempo para los libros —y súbitamente, debajo de la palabra Chopp, vi a Cary que me estaba mirando a su vez.

—Cómo envidio una vida de pura acción —dijo mi compañera, dejando caer su bolsita sobre la mesa con un tintineo de fichas. El nido entero se estremeció y los aros de ámbar se balancearon cuando se volvió hacia mí y me dijo confidencialmente: —Cuénteme, coronel, adoro apasionadamente oír a los hombres hablar de sus vidas.

(Los ojos de Cary, en el espejo, se agrandaron desmesuradamente: su boca estaba un poco abierta como si la hubieran sorprendido en medio de una frase.)

Dije:

—¡Oh!, no hay mucho que contar.

—Los hombres son tanto más modestos que las mujeres. Si yo tuviera hazañas en mi haber nunca me cansaría de contarlas. Cheltenham ha de parecerle a usted muy tranquilo.

Oí una cuchara que se cayó en la mesa de al lado. Dije débilmente:

—Mire usted, a mí no me disgusta la tranquilidad. ¿Qué quiere comer?

—Tengo un apetito tan diminuto, coronel. Una *Langouste thermidor*...

—¿Y una botella de Veuve Clicquot? —Me hubiera querido morder la lengua, pero las atroces palabras habían salido antes de que pudiera parlarlas. Quería volverme hacia Cary y decirle: «Éste no soy yo. Yo no he escrito esto. Es mi papel. Échale la culpa al autor».

Una voz que yo conocía dijo: —Pero yo la adoro. Adoro todo lo que hace, su manera de hablar, su manera de callarse. Me gustaría hablar inglés mucho mejor para poder decirle...

Me volví lentamente a un costado para mirar a Cary. Nunca, desde que la besé por primera vez, la había visto sonrojarse de esa manera. «Nido de Pájaro» dijo:

—Tan jóvenes y tan románticos, ¿no? Siempre pienso que los ingleses son demasiado reticentes. Eso es lo que hace que nuestro encuentro sea tan extraño. Hace media hora ni siquiera nos conocíamos, y ahora estamos con... ¿cómo lo llamó usted?... una botella de Veuve. Cómo me gustan estas frases masculinas. ¿Es usted casado, coronel?

—De cierta manera...

—¿Qué quiere usted decir?

—Estamos algo así como separados.

—¡Qué triste! Yo también estoy separada... por la muerte. Quizá sea menos triste.

Una voz que yo había comenzado a detestar dijo:

—Su marido no merece que usted le sea fiel. Dejarla toda la noche, mientras juega...

—No está jugando esta noche —dijo Cary. Agregó con voz ahogada: — Está en Cannes, comiendo con una viuda joven, linda e inteligente.

—No llore, *chérie*.

—No lloro, Philippe. Estoy, estoy riéndome. Si pudiera verme ahora...

—Estaría muerto de celos, espero. ¿Es usted celosa?

—¡Qué conmovedor!—dijo «Nido de Pájaro» —. Uno no puede menos de escuchar. Uno tiene la impresión de echar una mirada a una vida entera...

Todo el asunto me parecía abominable, desventajoso para mí.

—Las mujeres son tan bobas —dije, levantando un poco la voz —. Mi mujer empezó a salir con un joven porque tenía facha de hambriento. Quizá tuviera hambre. Él la llevaba a restaurantes muy caros como éste y la hacía pagar. ¿Sabe lo que cobran aquí por una *Langouste thermidor*? Es tan cara que ni se atreven a poner el precio en la cuenta. ¡Ah, un café barato para estudiantes!

—No entiendo, coronel. ¿Es que algo le ha molestado?

—¡Y el vino! ¿No cree usted que ya es el colmo que beba vino a mis expensas?

—Lo han tratado de manera vergonzosa.

Alguien puso su vaso sobre la mesa con tanta violencia que se rompió. La voz detestable dijo:

—*Chérie*, eso es buena suerte para nosotros... Mire, pongo un poco de vino detrás de su oreja, sobre su cabeza, así... ¿Cree que su marido dormirá con la linda señora, en Cannes?

—Dormir es casi todo lo que puede hacer.

Me puse de pie y le grité... ya no podía soportarlo más:

—Cómo se atreve a decir esas cosas?

—Philippe —dijo Cary —, vámonos.

Dejó unos billetes sobre la mesa y salieron. Él estaba demasiado sorprendido para protestar.

«Nido de Pájaro» dijo:

—Realmente, iban demasiado lejos, ¿no le parece? Hablar así en público. Me gusta su caballerosidad de antaño, coronel. Los jóvenes tienen mucho que aprender.

Tomó casi una hora para terminar con su langosta termidor y su helado

de fresas ; se puso a contarme toda la historia de su vida, empezando, con la langosta, por su infancia en una rectoría de Kent y acabando, junto con el helado, por sus penurias de viuda de Cheltenham. Vivía en una pequeña pensión, en Montecarlo, porque era «selecta», y supongo que sus métodos en el Casino bastaban casi para pagar su estadía.

Por fin me deshice de ella y volví a casa. Temía no encontrar allí a Cary, pero estaba sentada en la cama, leyendo uno de esos libros de frases hábiles que se disfrazan de novelas y son tan terriblemente brillantes y alegres. Cuando abrí la puerta, levantó la cabeza del libro y me dijo:

—*Entrez, mon colonel.*

—¿Para qué estás leyendo eso? —dije.

—*J'essaye de faire mon française un peu meilleur.*

—¿Por qué?

—Quizá viva en Francia algún día.

—¡Oh! ¿Con quién? ¿Con el estudiante hambriento?

—Philippe me ha pedido que me case con él.

—Después de lo que te ha debido de costar su comida esta noche, supongo que no le quedaba más remedio.

—Le dije que existía un impedimento...

—Quieres decir tu mal francés.

—Quiero decir tú, naturalmente.

De repente se puso a llorar, escondiendo su cara detrás del remedo de novela de modo que yo no pudiera ver. Me senté sobre la cama y puse mi mano en su cintura. Me sentía cansado: sentía como si estuviéramos muy lejos del café de la esquina ; sentía que habíamos estado casados desde hacía mucho tiempo y la cosa no había marchado. No se me ocurría cómo podría componerse lo que estaba roto... nunca he tenido manos hábiles. Dije:

—Vámonos a casa.

—¿No esperas más al señor Dreuther?

—¿Por qué habíamos de esperarlo? Prácticamente, soy el patrón del señor Dreuther, ahora.

No pensaba decírselo, pero todo salió a relucir, todo. Ella emergió de su remedo de novela y dejó de llorar. Le dije que cuando hubiese terminado de sacarle el jugo a la diversión de ser patrón de Dreuther, vendería mis acciones con ganancias a Blixon... y ése sería el fin de Dreuther.

—Tendremos un buen pasar —dije.

—No lo tendremos.

—¿Qué quieres decir?

—Querido, no estoy histérica ahora, ni estoy enojada. Estoy hablando realmente en serio. No me casé con un hombre que tenía un buen pasar.

Me casé con un hombre que encontré en el bar del *Volunteer*, alguien a quien le gustaban las salchichas frías y que viajaba en ómnibus porque los taxis eran demasiado caros. No había tenido una vida muy feliz. Se había casado con una puta que lo abandonó. Yo quería... ¡Oh!, quería tanto... alegremente la vida. Ahora me he despertado de golpe en cama con un hombre que puede comprar todas las diversiones que quiera y su idea de lo divertido es arruinar a un viejo que fue bueno con él. ¿Y qué si Dreuther olvidó que te había invitado? Tenía la intención de hacerlo cuando lo hizo. Te miró, te vio cara de cansado y le gustaste... nada más, sin otra razón, así como a mí me gustaste la primera vez en el *Volunteer*. Los seres humanos reaccionan así. No reaccionan como tu ruleta a través de un maldito sistema.

—El sistema no ha dejado de serte útil.

—¡Oh!, sí, lo ha sido. Me ha destruido. He vivido para ti, y ahora te he perdido.

—Eso no. Aquí estoy.

—Cuando vuelva a casa y vaya al bar del *Volunteer*, tú no estarás allí. Cuando me pare a esperar el ómnibus 9, tampoco estarás. No estarás en ninguna parte donde yo pueda encontrarte. Estarás viajando en auto a tu propiedad de Hampshire, como Sir Walter Blixon. Querido, has tenido mucha suerte y has ganado un montón de dinero, pero ya no me gustas.

Hice un gesto despectivo, pero en mi corazón no había desprecio:

—Sólo quieres a los pobres, supongo.

—¿Y no es eso mejor que el querer sólo a los ricos? Querido, voy a dormir en el sofá de la sala.

Temamos de nuevo una sala, ahora, y un cuarto de vestir para mí, como al principio. Dije:

—No te molestes. Yo tengo mi propia cama.

Salí al balcón. Era como la primera noche, cuando nos habíamos peleado, pero esta vez ella no vino al balcón, y no nos habíamos peleado. Quería llamar a su puerta y decirle algo, pero no sabía qué palabras emplear. Todas mis palabras tintineaban, como las fichas en la bolsita de «Nido de Pájaro».

## IV

No la vi a la hora del desayuno, ni a la del almuerzo. Fui al Casino después del almuerzo y por primera vez no tenía ganas de ganar. Pero el demonio se había metido en mi sistema, y gané. Tenía el dinero para pagar a Bowles, estaba en posesión de las acciones, y deseaba haber perdido en la *cuisine* mis últimos doscientos francos. Después de eso me puse a caminar por la terraza... A uno a veces le vienen ideas caminando, pero no me vinieron. En ese momento, al mirar la bahía vi un barco blanco que no estaba allí antes. Enarbolaba la bandera inglesa y lo reconocí por las fotos de los periódicos. Era «La Gaviota». Después de todo el Gom había llegado... con sólo una semana de retraso. Pensé: hijo de tal por cual, si te hubieras tomado el trabajo de cumplir con lo prometido, yo no hubiera perdido a Cary. Yo no era bastante importante para que me recordaras y ahora soy demasiado importante para que ella me quiera. Pues bien, si yo la he perdido, vas a perderlo todo tú también... Probablemente Blixon comprará tu yate.

Entré al bar y el Gom estaba allí. Acababa de pedir un Pernod, y le estaba hablando al mozo del bar con amable familiaridad y en perfecto francés. Hubiera hablado cualquier idioma con igual perfección... Era de tipo Pentecostés. Sin embargo, ahora no era el Dreuther del octavo piso... Había dejado sobre el bar un gorro viejo de yate, tenía una barba blanca de varios días y llevaba un viejo par de pantalones azules arrugados y una camisa ordinaria. Cuando entré no paró de hablar, pero pude ver que me examinaba en el espejo que estaba detrás del bar. Me echaba miradas como si algo en mí despertara un recuerdo. Me di cuenta de que no sólo había olvidado su invitación: me había olvidado a mí.

—Señor Dreuther —dije.

Se volvió hacia mí con toda la lentitud que pudo: evidentemente trataba de recordar.

—No se acuerda de mí —dije.

—Hola, amigo, lo recuerdo perfectamente. La última vez que nos encontramos fue... déjeme pensar...

—Me llamo Bertram.

Vi que esto no significaba nada para él. Dijo:

—Claro. Claro. ¿Ha estado aquí mucho tiempo?

—Llegamos hace más o menos nueve días. Esperábamos que usted llegara a tiempo para nuestro casamiento.

—¿Casamiento?

Vi que empezaba a recordarlo todo y que momentáneamente se sentía acorralado por no encontrar disculpa.

—Espero, amigo, que todo habrá andado bien. Tuvimos un desperfecto en la máquina. No podíamos comunicarnos con tierra. Ya sabe usted cómo pueden suceder esas cosas en el mar. Ahora vendrán a bordo esta noche, espero. Haga sus maletas. Quiero salir a medianoche. Montecarlo

es demasiada tentación para mí. ¿Y para usted? ¿Ha perdido dinero? — Con una marea de palabras procuraba enviar su falta al limbo.

—No, he ganado un poquito.

—Guárdelo. Es la única manera. —Estaba pagando rápidamente su Pernod ; deseaba escaparse de su falta lo más pronto posible. —Sígueme. Comeremos a bordo esta noche. Los tres. Nadie sube en el barco hasta Portofino. Dígales que yo pagaré la cuenta.

—No es necesario. Yo puedo arreglarme.

—No puedo permitir que usted se meta en gastos porque he llegado tarde.

Le pegó un manotazo a su gorro y se fue. Casi pude imaginar que caminaba con el balanceo de los lobos de mar. No me había dado tiempo para desplegar mi odio, ni siquiera para decirle que ignoraba el paradero de mi mujer. Puse el dinero de Bowles en un sobre y le dije al portero que lo tuviera allí para entregárselo en el bar del Casino a las nueve. Entonces subí a mi cuarto y empecé a hacer mis maletas. Tenía una esperanza insensata de que si lograba llevar a bordo a Cary, todos nuestros disgustos se quedarían en tierra en el hotel de lujo, y en la ornamentada y grande *Salle Privée*. Me hubiera gustado juntar todos nuestros disgustos y perderlos. Y sólo cuando terminé de hacer mi equipaje y entré a su cuarto supe que no había esperanza. El cuarto estaba peor que vacío: estaba vacante. El tocador esperaba que otro pasajero lo usara, y lo único que quedaba allí era la carta convencional. Las mujeres leen tantas revistas : conocen las fórmulas para la separación. Hasta creo que han aprendido de memoria las palabras en las páginas de papel reluciente: son impersonales. «Querido, me voy. No hubiera podido soportar decírtelo y ¿para qué habría servido? Ya no nos entendemos.» Pensé en nueve días antes y en cómo le habíamos pedido al cochero que fuera de prisa. «Sí», dijeron en la caja, «la señora se ha ido hace una hora».

Les pedí que guardaran mis maletas. Dreuther no iba a querer que me quedara a bordo después de lo que tenía que decirle.

## V

Dreuther se había afeitado y se había cambiado de camisa. Estaba leyendo un libro en su salita. De nuevo tenía su aire imponente del octavo piso. El bar estaba hospitalariamente abierto y las flores parecían recién arregladas. Nada de esto me impresionó. Ya conocía su bondad, pero una bondad epidérmica puede dañar mucho a la gente. A la bondad tiene que enterársele de las cosas. Llevaba un cuchillo en mi mente y esperaba el momento de usarlo.

—Pero ¿su mujer no ha venido también con usted?

—Ya me seguirá —dije.

—¿Y sus maletas?

—Las maletas también. ¿Puedo beber algo?

No sentía ningún remordimiento de ganar, a sus expensas, valor para asesinarlo. Tomé dos whiskys muy de prisa. Él mismo me los preparó, puso el hielo, me sirvió como a un igual. No tenía idea de que de hecho yo era su superior.

—Parece cansado —dijo—. Las vacaciones no le han sentado.

—Tengo preocupaciones.

—¿Se acordó de traer a Racine?

—Sí. —Momentáneamente me conmovió que recordara ese detalle.

—Quizá después de comer podrá usted leer un poco. En una época, a mí también me gustaba como a usted. He olvidado tantas cosas. La vejez es un gran período de olvido.

Me acordé de lo que Cary había dicho: después de todo, a su edad, ¿no tenía acaso el derecho de olvidar? Pero cuando pensé en Cary hubiera llorado, vertiendo amargas lágrimas dentro de mi vaso.

—Olvidamos muchas cosas de las que están cerca, pero nos acordamos del pasado. A menudo me inquieta el pasado. Innecesaria equivocación. Innecesaria pena.

—¿Podría tomar otro whisky?

—Desde luego. —Se puso de pie rápidamente y me sirvió el whisky. Apoyado en su pequeño bar, con su ancha espalda patriarcal vuelta hacia mí, dijo —: Hable libremente. No estamos ahora en el octavo piso. Dos hombres en vacaciones. Amigos, espero. Beba. No es malo emborracharse un poco si uno se siente desgraciado.

Yo estaba un poco borracho... Más que un poco. No podía dominar mi voz cuando dije:

—Mi mujer no vendrá. Me ha abandonado.

—¿Una pelea?

—No se trata de pelea. Ni de palabras que se puedan borrar u olvidar.

—¿Está enamorada de algún otro?

—No lo sé. Quizá.

—Hábleme. Yo no puedo ayudarlo. Pero uno necesita a alguien con quien desahogarse.

Al usar el pronombre «uno» había hecho de la mía una condición del género humano destinado a sufrirla. «Uno» nace, «uno» muere, «uno» pierde lo que ama. Se lo conté todo, excepto lo que había venido a decirle al barco. Le conté lo del café con panecillos, y lo de mis ganancias, y lo del estudiante hambriento, y lo de «Nido de Pájaro». Le conté lo de mis malos modales con el mozo, y le conté las últimas palabras de ella: «Ya no me gustas». Hasta (parece increíble ahora) le mostré la carta. Dijo:

—¡Cuánto lo siento! Si no me hubiese demorado... esto no habría sucedido. Por otro lado, usted no hubiera ganado todo ese dinero.

—Al diablo el dinero —dije.

—Eso se dice fácilmente. Yo mismo lo he dicho tan a menudo. Pero estoy aquí...—hizo un gesto mostrando la modesta salita que sin embargo sólo un hombre rico podía pagarse—. Si hubiera pensado de veras lo que decía, no estaría aquí.

—Yo lo pienso.

—Entonces tiene esperanzas.

—Ella puede estar acostada con él en este momento.

—Eso no destruye la esperanza. A menudo uno ha descubierto cuánto quiere a alguien por acostarse con otro.

—¿Qué haré?

—Fume un cigarro. —No me gustan.

—¿No le molesta? —encendió uno —. Éstos también cuestan dinero. De veras, no me gusta el dinero. ¿A quien podría gustarle? Las monedas están mal dibujadas y el papel es sucio. Como los diarios que se recogen en los paseos públicos. Pero me gustan los cigarros, el yate, la hospitalidad, y supongo, lo temo, sí —agregó bajando la punta de su cigarro como una bandera —, el poder.

Yo había olvidado que ya no lo tenía.

—Uno tiene que soportar esto del dinero. ¿Sabe usted dónde estarán? —preguntó.

—Festejando el acontecimiento con café y panecillos, supongo.

—Yo he tenido cuatro mujeres. ¿Está usted seguro de querer que vuelva?

—Sí.

—Puede uno gozar de mucha paz, sin ellas.

—Yo no busco paz... todavía.

—Mi segunda mujer (yo era joven entonces) me dejó, y cometí el error de persuadirla para que volviera. Pasaron años antes de que pudiera yo deshacerme de ella después de eso. Era una buena mujer. Si uno ha de casarse, mejor es casarse con una mala mujer.

—Yo lo hice, y no resultó muy divertido.

—¡Qué interesante! —aspiró humo y observó cómo subía y se desvanecía —. Por lo menos no dura. Una buena mujer dura. Blixon está casado con una buena mujer. Los domingos, en la iglesia, se sienta a su lado, y ella piensa en la minuta para la comida. Es una excelente ama de casa y tiene muy buen gusto para decorar interiores. Sus manos son gorditas... asegura con orgullo que son buenas manos para la repostería... pero para eso no están hechas las manos de una mujer. Es una mujer moral y cuando él la deja sola, durante la semana, sabe que está seguro de ella. Pero a ella tiene que volver, eso es lo terrible, tiene que volver.

—Cary no es tan buena como todo eso. —Miré el último trago que me quedaba de whisky —. Me gustaría, qué demonios, que usted me dijera qué puedo hacer.

—Soy demasiado viejo. Los jóvenes me llamarían cínico. A la gente no le gusta enfrentarse con la realidad. No le gusta el sentido común. Hasta que la edad le obliga a aceptarlo. Yo le diría: traiga sus maletas, olvídese de todo... mi provisión de whisky es abundante ; durante unos días anestésiese. Tengo unos huéspedes muy agradables que mañana suben a bordo en Portofino. Celia Charteris le gustará mucho. Si el celibato le pesa, en Nápoles encontrará varios burdeles. Telegrafiaré a la oficina para prolongar sus vacaciones. Conténtese con lo que es aventura. No trate de domesticar la aventura.

—Quiero a Cary. Eso es todo. No quiero aventuras —dije.

—Mi segunda mujer me dejó porque dijo que yo era demasiado ambicioso. No se daba cuenta de que sólo los moribundos se ven libres de ambiciones. Y probablemente tengan la ambición de vivir. Algunos hombres disfrutaban su ambición... eso es todo. Yo estaba en condiciones de ayudar a ese joven de quien mi mujer se había enamorado. Pronto mostró entonces su ambición. Hay diferentes clases de ambición... eso es todo. Y mi mujer descubrió que prefería la mía. Porque era ilimitada. Porque lo infinito no les parece un rival indigno, pero sí que un hombre prefiera un puesto de Subgerente... eso es un insulto. —Miró con pesadumbre la ceniza de su cigarro —. De cualquier modo uno no debe meterse.

—Yo haría cualquier cosa...

—Su mujer es romántica. La pobreza de ese joven la seduce. Me parece que veo un camino. Tome otro whisky mientras yo se lo digo...

## ***TERCERA PARTE***

Bajé la pasarela balanceándome un poco por los efectos del whisky y caminé desde el puerto cuesta arriba. Eran las ocho y cuarto, y la aparición de un reloj me recordó por primera vez lo que yo no le había contado a Dreuther. Dreuther había dicho: «No use dinero. El dinero es tan evidentemente sórdido. Pero esos disquitos rojos... Usted verá, no hay jugador que se les resista».

Fui al Casino y busqué a la pareja: no estaba allí. Entonces cambié todo el dinero de que disponía y cuando salí mi bolsillo hacía el mismo ruido de fichas que la bolsita de «Nido de Pájaro».

Me tomó sólo un cuarto de hora encontrarlos: estaban en el café donde íbamos habitualmente a comer. Los observé un rato desde la puerta, sin ser visto. Cary no parecía feliz. Había elegido ese sitio para probarse a sí misma que ya no me quería, que ningún sentimiento la ataba a los lugares donde habíamos estado juntos, y descubrió que la prueba era negativa. Se sentía desdichada al ver a un extraño sentado en mi silla, y el extraño tenía una costumbre que ella detestaba: se metía el panecillo en la boca con el lado en que había puesto la manteca para abajo. Cuando hubo terminado, contó su dinero y le pidió a ella que por favor se quedara callada un minuto mientras verificaba su sistema.

—Podemos jugar 600 francos en la *cuisine* —dijo —, quiero decir con fichas de cien.

Estaba sentado allí, con lápiz en mano y papel, cuando yo llegué.

Dije: «Hola» desde la puerta y Cary se volvió hacia mí. Casi sonrió, por costumbre: yo podía ver cómo la sonrisa se le subía a los ojos y después la recogió como un chico recoge el hilo de una cometa para hacerla bajar a tierra, fuera del viento.

—¡Qué estás haciendo aquí! —dijo.

—Quería estar seguro de que estabas bien.

—Estoy bien.

—Uno a veces hace cosas que desearía no haber hecho.

—Yo no.

—Me gustaría que se callaran —dijo el joven—. El trabajo que estoy haciendo es muy complicado.

—Philippe, éste es mi marido. Levantó la cabeza:

—¡Oh!, buenas noches.

Empezó a dar golpecitos con la punta del lápiz sobre la mesa.

—Espero que se estará ocupando de mi mujer como se debe.

—Eso no es cuestión suya.

—Ha de saber usted ciertas cosas para poder hacerla feliz. Detesta las natas en la leche. Mire, su plato está lleno de natitas que ella ha sacado de su taza. Tiene que fijarse en eso cuando le sirve la leche. Detesta los

ruidos molestos... por ejemplo el crujir de las tostadas o del panecillo que está usted comiendo. Tampoco tiene usted que mascar nueces. Espero que me estará escuchando. Y ese ruido que usted hace con el lápiz tampoco ha de agradarle.

—Desearía que usted se fuera —dijo el joven.

—Y a mí también me gustaría hablar a solas con mi mujer.

—No quiero estar a solas contigo —dijo Cary.

—¿La ha oído? Por favor, váyase.

¡Qué extraño, cómo Dreuther había previsto nuestro diálogo! Empecé a tener esperanzas. —Lo siento, pero tengo que insistir. —Usted no tiene derecho... Cary dijo:

—Si no nos dejas, los dos saldremos de aquí. Philippe, pague la adición.

—*Chérie*, necesito terminar de ajustar mi sistema.

—Mire, le diré lo que vamos a hacer —dijo—. Soy mucho más viejo que usted, pero le propongo que luchemos. Si yo gano hablaré a solas con Cary. Si gana usted, me voy y nunca más los molestaré.

—No quiero que luche —dijo Cary.

—¿La ha oído?

—Otra alternativa: pagaré por una media hora de conversación con ella.

—¿Cómo te atreves? —dijo Cary.

Metí la mano en mi bolsillo y la saqué llena de fichas amarillas y rojas: fichas de cien francos, fichas de mil francos, y las tiré sobre la mesa entre las tazas de café. Él no podía quitarles los ojos. Le alcanzan para jugar con su sistema. Yo dije:

—Prefiero luchar. Éste es todo el dinero que me queda.

Las miró fijamente. Dijo:

—No quiero armar camorra.

Cary dijo:

—Philippe, usted no aceptaría...

Dijo:

—Es la única manera de salir de aquí sin pelear.

—*Chérie*, él sólo pide media hora. Después de todo está en su derecho. Hay cosas que ustedes tienen que arreglar juntos, y con este dinero yo puedo ensayar verdaderamente mi sistema.

Ella le dijo con una voz a la cual, en la semana pasada, yo me había acostumbrado:

—Muy bien. Tome ese dinero. Vaya al maldito Casino. No ha estado pensando en otra cosa durante toda la tarde.

Tuvo justo la suficiente elegancia para titubear.

—La veré dentro de media hora, *chérie*.

Dije:

—Prometo que se la llevaré al Casino yo mismo. Tengo algo que hacer allí. —Después lo llamé, cuando había llegado a la puerta —: Se le ha caído una ficha.

Volvió y buscó debajo de la mesa. Al mirar la cara de Cary casi deseé no haber ganado.

Estaba tratando con toda su alma de no llorar. Dijo:

—Supongo que creerás que has estado muy astuto.

—No.

—Lo has puesto en descubierto, sí. Has probado que tenías razón. ¿Qué hago yo ahora?

—Ven a bordo por una noche. Tenemos dos camarotes. Podrás bajarte mañana en Génova.

—Supongo que esperas que cambie de parecer.

—Sí. Lo espero. No es una esperanza muy exorbitante, pero es mejor que la desesperación. Comprendes, te quiero.

—¿Me prometerías no jugar nunca más?

—Sí.

—¿Tirarías tu sistema?

—Sí.

Había una canción, cuando yo era joven: «y entonces mi corazón se detuvo). Eso fue lo que sentí cuando ella empezó a poner condiciones.

—¿Le has contado —preguntó —lo de las acciones?

—No.

—No puedo subir al barco si él no lo sabe. Sería demasiado bajo.

—Te prometo que todo se aclarará antes que pase la noche.

Había bajado la cabeza, de modo que yo no podía verle la cara, y estaba sentada en silencio. Yo había usado todos mis argumentos: tampoco me quedaba nada por decir. La noche estaba llena de ruidos de tazas y de agua que corría. Por fin ella dijo:

—¿Qué es lo que estamos esperando?

Recogimos las maletas y cruzamos el Casino.

Ella no hubiera querido ir, pero yo dije: «Prometí que te traería». La dejé en el *hall* y fui a la *cuisine*: él no estaba allí. Después fui al bar y a la *Salle Privée*. Allí estaba, jugando por primera vez con un mínimo de 500 francos. E. L. Otro estaba en la misma mesa: las fichas cuadradas de cinco mil francos se amontonaban en la mesa en torno a él. Sentado en su silla, sus dedos se movían como ratones. Me incliné sobre su hombro y le comuniqué su noticia, pero no dio señal de interés, pues la bola brincaba ahora alrededor de la rueda. Se detuvo en el cero en el momento en que llegué hasta Philippe y la banca rastrilló sus ganancias.

—Cary está aquí. Cumplí mi promesa.

—Dígale que no entre. Estoy ganando... excepto la última bola. No quiero que se me distraiga.

—Ella no volverá a distraerlo nunca más.

—He ganado 10.000.

—Pero los perdedores son los que ganan —dije—. Pierda éstas por mí. Es todo lo que me queda.

No le di tiempo de protestar... y no creo que hubiera protestado.

## II

Aquella noche, el Gom fue un anfitrión perfecto. Se mostró tan poco enterado de nuestros disgustos que empezamos a olvidarlos nosotros mismos. Tomamos cócteles antes de comer y champaña durante la comida y pude observar que Cary no estaba muy segura en cuanto a la elección de las palabras. Se fue a acostar temprano porque quería dejarme solo con el Gom. Los dos salimos a cubierta para decirle buenas noches. Soplaban una ligera brisa con gusto a mar, y las nubes ocultaban la luna y las estrellas y volvían más brillantes las luces de los yates.

El Gom dijo:

—Mañana a la noche usted me persuadirá de que Racine es el poeta más grande, pero esta noche déjeme pensar en Baudelaire.

Se apoyó sobre la baranda y recitó con voz grave, y yo me pregunté a quién, en el pasado, le estaba hablando ese viejo lleno de sabiduría y con sus ilimitadas ambiciones:

*Vois sur ces canaux,  
Dormir ces vaisseaux  
Dont l'humeur est vagabonde:  
C'est pour assouvir  
Ton moindre désir  
Qu'ils viennent du bout du  
monde.*

Se volvió y dijo:

—Le estoy diciendo esto, querida, en nombre de él. —Y rodeando con su brazo las espaldas de Cary, le dio un empujoncito hacia la escalera que iba al camarote. Ella se fue con un quejido como el de un animalito que sufre.

—¿Qué le pasaba? —dijo el Gom.

—Debía de estar recordando algo. —Yo sabía qué, pero no se lo dije.

—Me alegro que mi ardid diera tan buen resultado.

—Ella todavía puede decidirse a bajar en Génova.

—No lo hará. Por si acaso no iremos a Génova.—Y agregó pensativo—  
: No es la primera vez que secuestro a una mujer.

Me dio mi vaso.

—No lo tendré aquí bebiendo esta noche, pero quiero decirle algo. Voy a tener un nuevo contador auxiliar.

—Quiere decir... ¿que me despide?

Imprevisible, este hijo de una tal por cual, pensé. Decirme esto ahora, mientras soy su huésped. ¿Era posible que durante mi ausencia hubiese hablado con Otro? Dijo:

—Ahora que se casa necesitará más renta. Le daré a Arnold la

gerencia de las *General Enterprises*. Usted será el contador general en su lugar. Beba su whisky y a la cama. Ya están levando el ancla.

Cuando bajé, me pregunté si Cary había cerrado con llave su camarote. No. Estaba sentada en la banqueta y miraba por el ojo de buey. Ya funcionaban las máquinas y estábamos saliendo. Las luces del puerto giraban alrededor de las paredes. Dijo:

—¿Se lo has dicho?

—No.

—Me lo prometiste —dijo—. No puedo andar navegando por Italia en este barco sin que él lo sepa todo. Ha sido tan terriblemente bueno...

—Se lo debo todo —dije—. Él fue quien me dijo lo que tenía que hacer para que volvieras a mí. El truco era de él. A mí no se me ocurría nada. Estaba desesperado.

—Entonces tienes que decírselo. Ahora. En seguida.

—No hay nada que decir. ¿No crees, supongo, que después de todo lo que ha hecho por mí voy a hacerle con Blixon una mala jugada?

—¿Y las acciones?

—Cuando fui a buscar a Philippe, llevé el dinero y se lo dejé a Otro. La opción ha caducado. El Otro ha ganado quince millones y Philippe tiene nuestros últimos cinco si no los ha perdido. Estamos donde estábamos. —Las palabras no eran justas. Dije —: Si sólo pudiéramos estar donde estábamos...

—Nunca lo podremos.

—¿Nunca?

—Te quiero mucho más. Porque he sido terriblemente mezquina contigo y casi te he perdido.

Durante mucho tiempo hablamos poco: no cabían más que nuestros cuerpos en el estrecho camarote, pero hacia la mañana, cuando el círculo del ojo de buey se puso gris, la desperté y le conté lo que el Gom me había dicho.

—No seremos ricos —agregué en seguida, por temor a perderla de nuevo —pero podremos pagarnos unas vacaciones en Bournemouth, el año que viene...

—No —dijo, medio dormida —, vamos al Touquet. Tienen un Casino allí. Pero nada de sistema.

Me había olvidado de una promesa. Me levanté y saqué del bolsillo de mi chaqueta el gran sistema, lo rompí en pedacitos y lo tiré por el ojo de buey: los papelitos blancos volaron en nuestra estela.

La voz soñolienta dijo:

—Querido, hace un frío terrible. Está nevando.

—Cerraré el ojo de buey.

—No. Basta con que vuelvas.

**F I N**